



Henrik Ibsen

El Pato Silvestre



E LEJANDRIA



Henrik Ibsen

El Pato Silvestre



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL PATO SILVESTRE

HENRIK IBSEN

PUBLICADO: 1884

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: JOSÉ RAMÓN PÉREZ BANCES

**EDICIÓN ORIGINAL: LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL
HERNANDO, MADRID, 1926**

PERSONAJES

- WERLE.
- GREGOR WERLE, su hijo.
- EL VIEJO EKDAL.
- HJALMAR, su hijo, fotógrafo.
- GINA EKDAL, mujer de Hjalmar.
- HEDWIG, su hija, de catorce años.
- SEÑORA SÖRBY, ama de llaves en casa de Werle.
- RELLING, médico.
- MOLVIG, antiguo estudiante de teología.
- GROBERG, tenedor de libros.
- PETTERSEN, criado.
- JENSEN, criado.
- FLOR, corpulento y pálido.
- BALLE, calvo.
- KASPERSEN, corto de vista.

Otros seis señores. Varios criados.

El primer acto, en casa de Werle; los demás, en casa de Ekdal.

ACTO PRIMERO

En casa del comerciante Werle. Despacho puesto con lujo y comodidad; estantes de libros y muebles ricos; en el centro, una mesa de escritorio con papeles y formularios; las lámparas, escondidas, están protegidas con pantallas verdes, de modo que la habitación está iluminada con una luz mate. En el fondo, una puerta abierta, tras de la cual se ve una habitación amplia y elegante, iluminada por muchas lámparas. En la primera habitación, a la derecha, primer término, una puerta pequeña, que da a las oficinas; a la izquierda, una chimenea con carbones en brasa, y más atrás, puerta de dos hojas al corredor. Pettersen, en librea, y Jensen, en frac, arreglan el despacho. En la segunda habitación hay un par de criados encendiendo luces. Del comedor viene ruido de conversación y risas; se oye dar con un cuchillo en una copa, se hace el silencio y se pronuncia un brindis. Bravos, y continúa la conversación.

PETTERSEN.—(*Enciende un quinqué que está sobre la chimenea y le coloca encima una pantalla.*) Vamos. Oiga usted, Jensen; ahora se ha puesto en pie el viejo y hace un brindis muy largo por la señora Sörby.

JENSEN.—(*Empujando una butaca.*) ¿Es verdad lo que dicen de que hay algo entre ellos?

PETTERSEN.—¡El diablo lo sabe!...

JENSEN.—Él es un hombre que la ha corrido siempre bastante.

PETTERSEN.—Es posible.

JENSEN.—Se dice que esta comida es en honor de su hijo.

PETTERSEN.—Sí, el hijo vino ayer a casa.

JENSEN.—No sabía yo que Werle tuviera un hijo.

PETTERSEN.—Es que está siempre allá arriba, en la montaña. En todo el tiempo que llevo sirviendo en la casa no le he visto venir a la ciudad.

UN CRIADO DE OCASIÓN.—Pettersen, aquí hay un viejo que...

PETTERSEN.—(*Entre dientes.*) ¡Qué diablos!... ¡Viene todavía gente!

(*El viejo Ekdal entra por la derecha; trae un abrigo gastado, de cuello alto, mitones, y en la mano un bastón y una gorra de pieles; debajo del brazo lleva un paquete; tiene una peluca rojiza, sucia, y un bigote gris, pequeño.*)

PETTERSEN.—(*Saliéndole al encuentro.*) Pero hombre, ¿qué quiere usted aquí?

EKDAL.—(*Desde la puerta.*) Tengo que entrar necesariamente en las oficinas, Pettersen.

PETTERSEN.—Las oficinas están cerradas desde hace una hora y...

EKDAL.—Ya me lo dijeron en la puerta, amigo. Pero Groberg está todavía allí. Sea usted bueno, Pettersen; déjeme pasar. (*Señalando hacia la puerta falsa.*) Ya he entrado antes por ahí.

PETTERSEN.—Bien, pase usted. (*Abriendo la puerta.*) Pero salga por donde se debe. Tenemos visita.

EKDAL.—Ya lo sé... ¡Hum!... Gracias, querido Pettersen, amigo mío. (*En voz baja.*) ¡Majadero! (*Entra en las oficinas. Pettersen cierra la puerta tras él.*)

JENSEN.—¿Pertenece ese también al personal de las oficinas?

PETTERSEN.—No; ese no hace más que escribir fuera de casa cuando hay mucho trabajo. Pero en su tiempo ha sido una persona fina el viejo Ekdal.

JENSEN.—Tiene aspecto de haber sido todo lo posible.

PETTERSEN.—Ya lo creo; ha sido oficial del ejército.

JENSEN.—¡Vaya un oficial!

PETTERSEN.—Pues sí que lo era. Pero luego se metió a traficar en madera, o en qué sé yo qué cosas. Parece que una vez le jugó una mala partida al amo, cuando estaban los dos juntos allá arriba, en la montaña, ¿sabe usted? Yo conozco muy bien a Ekdal. Muchas veces bebemos juntos una copa o una botella de cerveza en casa de la señora Eriksen.

JENSEN.—El viejo no podrá convidar gran cosa.

PETTERSEN.—No, Jensen; ya puede usted suponer que soy yo quien convida. A mí me parece que hay que ser amables con gentes de posición que han pasado trances tan duros.

JENSEN.—¿Es que ha quebrado acaso?

PETTERSEN.—Peor que eso: estuvo en la cárcel.

JENSEN.—¿En la cárcel?

PETTERSEN.—O puede que en presidio. *(Escuchando.)* ¡Silencio! Se están levantando de la mesa.

(Las puertas del corredor se abren desde adentro por algunos criados. La señora Sörby entra conversando con algunos invitados. Poco a poco van entrando los demás; los últimos vienen Hjalmar Ekdal y Gregor Werle.)

SEÑORA SÖRBY.—*(Al pasar, al criado.)* Pettersen, que sirvan el café en el salón de música.

PETTERSEN.—Está muy bien, señora.

(La señora Sörby y los que la acompañan pasan a la habitación del fondo, y de allí salen por la derecha. Pettersen y Jensen van por el

mismo camino.)

FLOR.—(*A Balle.*) ¡Uf! ¡Vaya una comida!... Un trabajo fuerte.

BALLE.—¡Oh, con buena voluntad, en tres horas pueden hacerse cosas increíbles!

FLOR.—Pero luego, querido amigo...

UN TERCER SEÑOR.—Parece que el moka y el marrasquino se servirán en el salón de música.

FLOR.—¡Bravo! Así, puede ser que la señora Sörby toque algo...

BALLE.—(*A media voz.*) Temo que la señora Sörby nos salga por ciertos registros...

FLOR.—De seguro que no. Berta no se olvidará de sus antiguos amigos. (*Ríen y pasan a la habitación del fondo.*)

WERLE.—(*A media voz y preocupado.*) No creo que nadie se haya fijado en ello, Gregor.

GREGOR.—(*Mirándole.*) ¿En qué?

WERLE.—¿No lo has notado tú?

GREGOR.—¿Qué es lo que había que notar?

WERLE.—Éramos trece a la mesa.

GREGOR.—¿De veras? ¿Trece?

WERLE.—(*Con una mirada a Hjalmar.*) Generalmente no somos más que doce. (*Dirigiéndose a los demás.*) Tengan ustedes la bondad, señores... (*Él y los demás, excepto Hjalmar y Gregor, se van por el fondo derecha.*)

HJALMAR.—(*Que ha oído el diálogo.*) No debías haberme enviado la invitación, Gregor.

GREGOR.—¿Cómo que no? ¿No decían que esta comida se daba en honor mío? Pues entonces, ¿cómo no iba a invitar a mi mejor y único amigo?

HJALMAR.—Pero no creo que a tu padre le haya parecido bien. Yo no frecuento la casa.

GREGOR.—Eso me dicen. Pero yo tenía que verte y hablarte..., porque seguramente me volveré a marchar enseguida... Sí, hemos estado bastante tiempo separados, nosotros, camaradas de la niñez; hará ya dieciséis o diecisiete años que no nos vemos.

HJALMAR.—¿Tanto tiempo?

GREGOR.—Claro que sí. Bien, ¿y cómo te va? Tienes buen aspecto. Estás casi más grueso.

HJALMAR.—Grueso, no puede decirse; pero, sin duda, tengo un aspecto más varonil que entonces.

GREGOR.—Sí que es verdad. Tu exterior no ha sufrido.

HJALMAR.—(*En tono sombrío.*) Pero sí el interior. Puedes creerme que por dentro es muy otra cosa que por fuera. Ya sabes las cosas terribles que cayeron sobre mí y los míos desde que nos vimos por última vez.

GREGOR.—(*En voz baja.*) ¿Cómo está tu padre?

HJALMAR.—Vale más que no hablemos de eso. Mi pobre padre vive, naturalmente, en mi casa. No tiene en el mundo a nadie más que a mí. Pero es terrible para mí hablar de eso, ¿sabes?... Prefiero que me hables de cómo lo has pasado allá arriba.

GREGOR.—He hecho una vida muy solitaria, y por eso he tenido ocasión de cavilar sobre muchas cosas. Ven, sentémonos cómodamente. (*Se sienta en una butaca, junto a la chimenea, y obliga a Hjalmar a sentarse en otra, a su lado.*)

HJALMAR.—(*Conmovido.*) Tengo que darte las gracias por haberme invitado a la mesa de tu padre, pues por ello veo que no tienes nada contra mí.

GREGOR.—(*Admirado.*) ¿Cómo se te puede ocurrir que yo había de tener algo contra ti?

HJALMAR.—En los primeros años así era.

GREGOR.—¿En qué primeros años?

HJALMAR.—Después de la gran desgracia. Y era natural. Estuvo en un tris que tu padre no se viera también complicado en esas..., ¡oh!, en esas terribles historias.

GREGOR.—¿Y por eso iba yo a tener algo contra ti? ¿Quién te ha hecho creer semejante cosa?

HJALMAR.—Sé que así era; tu mismo padre me lo ha dicho.

GREGOR.—(*Sorprendido.*) ¡Mi padre! ¡Conque sí!... ¡Hum!... ¿De modo que por esto no diste la menor cuenta de ti..., ni una palabra siquiera?

HJALMAR.—Sí.

GREGOR.—Ni siquiera cuando te decidiste a hacerte fotógrafo.

HJALMAR.—Tu padre me dijo que no valía la pena de escribirte, fuera de lo que fuera.

GREGOR.—(*Pensativo.*) En eso puede que tuviese razón... Pero dime, Hjalmar, ¿estás satisfecho con tu actual posición?

HJALMAR.—(*Suspirando levemente.*) ¡Oh, sí! No puedo decir que no. Claro, en los primeros tiempos, ya puedes figurártelo, fue un poco difícil. Me encontraba en un ambiente totalmente nuevo. Pero también lo demás estaba completamente transformado. La desgracia de mi padre, que trajo consigo su ruina..., la vergüenza y el deshonor... ¡Oh, Gregor!...

GREGOR.—(*Conmovido.*) ¡Sí, es verdad!

HJALMAR.—No podía pensar en seguir estudiando. No había un solo céntimo en casa; al contrario, no había más que deudas, la mayor parte a tu padre, creo...

GREGOR.—¡Hum!...

HJALMAR.—Me pareció, pues, que lo mejor era soltarme así..., de un golpe, de todas las ligaduras y relaciones antiguas. Tu padre me

aconsejó, con especial insistencia, en este sentido, y como me ayudó tan generosamente...

GREGOR.—¿Mi padre hizo eso?

HJALMAR.—Pero si lo sabes demasiado. ¿De dónde iba a sacar yo el dinero para aprender a fotografiar, poner un estudio y establecerme? Todo eso, puedes creérmelo, cuesta mucho.

GREGOR.—¿Y dices que lo ha pagado mi padre?

HJALMAR.—Sí, querido. Pero ¿no lo sabes? Yo había entendido como que te lo había escrito.

GREGOR.—Ni una palabra de que él lo había hecho. Puede ser que lo haya olvidado. Él y yo nunca hemos cambiado más que cartas de negocios. ¿De modo que fue mi padre quien...?

HJALMAR.—Él fue, sí. No quiere que se sepa, pero él fue. Y él fue también quien me puso en situación de casarme. ¿O es que tampoco sabes eso?

GREGOR.—No, no lo sabía tampoco. *(Cogiéndole un brazo.)* Querido Hjalmar, no puedo decirte lo que todo eso me alegra... y me atormenta. He procedido injustamente con mi padre... en algunas cosas. Porque lo que ha hecho contigo es muestra de corazón, como de una especie de conciencia...

HJALMAR.—¿Conciencia?...

GREGOR.—Sí, sí, o como quieras llamarlo. No tengo palabras para decir lo que me alegra oír cosas semejantes de mi padre... ¿De manera que estás casado, Hjalmar? Has ido más lejos de lo que yo llegaré nunca. Espero que serás feliz como marido.

HJALMAR.—Sí que lo soy de veras. Tengo una mujer todo lo buena y dispuesta que puede desearse, y que no carece de educación.

GREGOR.—*(Algo asombrado.)* Claro está que no.

HJALMAR.—No, la vida educa, ¿sabes? El trato diario conmigo..., y luego nos visitan con frecuencia algunas personas muy ilustradas. Te

aseguro que no reconocerías a Gina.

GREGOR.—¿Gina?

HJALMAR.—Sí, querido. ¿No te acuerdas de que se llamaba Gina?

GREGOR.—¿Quién se llama Gina? Yo no sé nada...

HJALMAR.—Pero ¿no te acuerdas de que estuvo algún tiempo aquí, en la casa?

GREGOR.—(*Mirándole fijamente.*) ¿Será acaso Gina Hansen?

HJALMAR.—¡Claro que es Gina Hansen!

GREGOR.—¿La que el último año, cuando mi madre estaba en la cama, hacía de ama de llaves?

HJALMAR.—Claro, la misma es. Pero, amigo mío, sé de cierto que tu padre te escribió que me había casado.

GREGOR.—(*Que se ha puesto en pie.*) Eso sí, pero no que... (*Pasea arriba y abajo.*) Pero... aguarda..., puede ser que sí... Sí, pienso un poco en ello... Solo que mi padre me escribe siempre muy corto. (*Sentándose en un brazo de la butaca.*) Oye, Hjalmar, cuéntame..., es curioso..., ¿cómo llegaste a conocer a Gina, a tu mujer?

HJALMAR.—Muy sencillamente: Gina no siguió mucho tiempo aquí, en la casa; con la enfermedad de tu madre andaban las cosas confundidas; Gina no podía responder de todo, y se fue. Eso era un año antes de la muerte de tu madre..., o acaso el mismo año.

GREGOR.—El mismo año. Yo estaba entonces arriba, en las minas. Pero ¿luego?

HJALMAR.—Luego, Gina se fue a su casa, con su madre, la señora Hansen, una mujer trabajadora y emprendedora si las hay, que tenía una pequeña casa de comidas, y también un cuarto para alquilar, una habitación muy limpia y agradable.

GREGOR.—Y tú tuviste la suerte de alquilarlo.

HJALMAR.—Sí, tu padre me lo propuso. Y allí fue donde en realidad conocí a Gina.

GREGOR.—Y así os prometisteis.

HJALMAR.—Ya ves; gente joven se enamoran tan fácilmente...

GREGOR.—(*Se levanta y pasea arriba y abajo.*) Dime, ¿después que te prometiste fue cuando mi padre..., quiero decir... fue cuando empezaste a pensar en la fotografía?

HJALMAR.—Sí, entonces precisamente. Quería ponerme lo más pronto posible en condiciones de crearme un hogar. Y así, tu padre, como yo, encontramos que la fotografía era lo más sencillo. A Gina le parecía lo mismo. Y, además, daba la feliz coincidencia que Gina ya antes había aprendido a retocar.

GREGOR.—Sí, coincidía todo maravillosamente.

HJALMAR.—(*Muy satisfecho, poniéndose en pie.*) ¿Verdad que sí? ¿No te parece también que coincidíamos muy bien?

GREGOR.—Tengo que confesarlo: mi padre ha sido una especie de providencia para ti.

HJALMAR.—(*Conmovido.*) En las horas de angustia no abandonó al hijo de su amigo; tiene mucho corazón.

SEÑORA SÖRBY.—(*Entrando del brazo de Werle.*) Nada de objeciones, querido amigo; no debe usted estar más tiempo ahí adentro mirando a todas esas luces. No es bueno para usted.

WERLE.—(*Soltando su brazo y pasándose la mano por los ojos.*) Casi creo que tiene usted razón.

(*Pettersen y Jensen vienen con bandejas.*)

SEÑORA SÖRBY.—(*A los invitados de la otra habitación.*) Tengan la bondad, señores; el que quiera un vaso de ponche, que venga aquí.

FLOR.—(*Viniendo hacia la señora Sörby.*) Pero ¿es verdad que ha suprimido usted la deliciosa libertad de fumar?

SEÑORA SÖRBY.—Sí, señor; aquí, en casa del señor Werle, está prohibido.

BALLE.—¿Desde cuándo se han introducido esas medidas tan severas en el reglamento de fumar, señora?

SEÑORA SÖRBY.—Desde la última comida, pues hubo en ella ciertas personas que se permitieron abusar.

BALLE.—¿Y no estaría permitido abusar un poquitín, Berta? ¿De veras que no?

SEÑORA SÖRBY.—En ningún sentido, amigo mío.

(La mayoría de los invitados están reunidos en la habitación de Werle. Los criados sirven vasos de ponche.)

WERLE.—*(Dirigiéndose a Hjalmar, que está inclinado sobre una mesa.)* ¿Qué estudia usted ahí, Ekdal?

HJALMAR.—Miro un álbum, señor Werle.

BALLE.—*(Que se pasea arriba y abajo.)* ¡Oh, fotografías! ¡Claro, eso le interesa a usted!

FLOR.—*(En una butaca.)* ¿No ha traído usted algunas de las suyas?

HJALMAR.—No, no he traído ninguna.

FLOR.—Pues debía usted haberlo hecho. Es bueno para la digestión estar sentado mirando estampas.

BALLE.—Y luego es un grano de arena en la conversación.

KASPERSEN.—Y todas las contribuciones se aceptan con agradecimiento.

SEÑORA SÖRBY.—Los señores piensan, señor Ekdal, que cuando se está invitado a comer hay que trabajar.

FLOR.—Cuando se come bien, es un placer el hacerlo.

BALLE.—La lucha por la existencia es dura.

SEÑORA SÖRBY.—En eso tiene usted razón.

(Continúa la conversación entre bromas y risas.)

GREGOR.—*(A media voz.)* ¿Por qué no dices algo, Hjalmar?

HJALMAR.—¿Y de qué voy a hablar?

FLOR.—¿No cree usted también, Werle, que el vino de Tokay debe considerarse como una bebida relativamente sana?

WERLE.—*(Desde la chimenea.)* Por lo menos del que han bebido ustedes puedo responder. Es de uno de los años mejores. Ya lo habrá visto usted.

FLOR.—Sí, tiene un sabor particularmente delicado.

HJALMAR.—*(Inseguro.)* ¿Es que hay diferencia en los años?

FLOR.—*(Riendo.)* ¡Es usted admirable!

WERLE.—*(Sonriendo.)* No merece usted que le den buen vino.

BALLE.—Con el vino ocurre como con la fotografía. Necesita de la luz del sol. ¿O no es así?

HJALMAR.—Sin duda que la luz importa mucho.

SEÑORA SÖRBY.—Pero entonces ocurre lo mismo que con estos caballeros. También ellos parece que necesitan mucho de la luz del sol.

BALLE.—¡Ay, ay! La ingeniosidad es un poco vieja.

KASPERSEN.—La señora Sörby quiere producirse...

FLOR.—Y, además, a costa nuestra. *(Amenazando.)* ¡Señora, señora!...

SEÑORA SÖRBY.—Pero lo que es indudable es que los años pueden ser altamente diferentes. Los más viejos son los mejores.

KASPERSEN.—¿Me cuenta usted a mí entre los viejos?

SEÑORA SÖRBY.—¡Oh, todavía no!

BALLE.—Ya lo ha oído usted. Pero a mí sí, ¿verdad?

FLOR.—Y a mí también. ¿En qué años nos cuenta usted, querida amiga?

SEÑORA SÖRBY.—Entre los años dulces. *(Bebe un sorbo de un vaso. Los caballeros ríen y bromean con ella.)*

WERLE.—La señora tiene siempre una salida..., cuando quiere. ¡Pero beban ustedes, señores!... Pettersen, cuídese de ello... Gregor, ¿no quieres que bebamos juntos un vaso? *(Gregor no se mueve.)* ¿No quiere usted acompañarnos, Ekdal? En la mesa no encontré ocasión de hablarle.

(El tenedor de libros, Groberg, aparece en la puerta.)

GROBERG.—Perdone usted, señor Werle, pero no puedo salir.

WERLE.—¿Qué, le han vuelto a dejar encerrado?

GROBERG.—Sí, y Flagstad se ha ido con las llaves.

WERLE.—Pues pase usted por aquí.

GROBERG.—Es que hay además alguien...

WERLE.—Vengan ustedes, vengan ambos; no tengan inconveniente ninguno.

(Entran Groberg y el viejo Ekdal.)

WERLE.—*(Involuntariamente.)* ¡Ah!...

(Cesa la conversación y las risas entre los invitados. Hjalmar, al ver a su padre, se estremece, deja su vaso y se vuelve hacia la chimenea.)

EKDAL.—*(Sin mirar, se inclina a un lado y a otro y atraviesa la habitación murmurando.)* Perdonen ustedes... He tenido que salir por aquí... La puerta estaba cerrada... Les ruego que me perdonen... *(Él y Groberg se van por el fondo derecha.)*

WERLE.—*(Entre dientes.)* ¡Maldito Groberg!...

GREGOR.—*(Con la boca abierta y la mirada fija en Hjalmar.)* Pero ¿no era...?

FLOR.—¿Quién era ese hombre?

GREGOR.—¡Oh, nadie!... El tenedor de libros y otro.

KASPERSEN.—*(A Hjalmar.)* ¿Le conocía usted?

HJALMAR.—No sé... No me fijé en él...

FLOR.—*(Levantándose.)* Pero ¿qué diablos pasa aquí? *(Se dirige a otros y hablan entre sí en voz baja.)*

SEÑORA SÖRBY.—*(A media voz, al criado.)* Dele usted algo cuando salga. Algo bueno.

PETTERSEN.—*(Inclinándose.)* Así lo haré. *(Se va.)*

GREGOR.—*(A media voz y estremecido, a Hjalmar.)* ¿De modo que era realmente...?

HJALMAR.—Sí.

GREGOR.—¿Y tú pudiste quedarte quieto y negar que le conocías?

HJALMAR.—*(Bajo y rápidamente.)* Pero ¿podía yo...?

GREGOR.—¿Reconocer a tu padre?...

HJALMAR.—*(Dolorosamente.)* ¡Oh, si estuvieses en mi lugar!...

(Las conversaciones entre los invitados, que hasta ahora habían sido sostenidas en voz baja, pasan a un tono alto forzado.)

BALLE.—*(Acercándose amistosamente a Gregor y a Hjalmar.)* ¿Qué, estamos refrescando recuerdos de los años estudiantiles? Pero ¡cómo!... ¿No fuma usted, Ekdal? ¿Quiere usted lumbre? ¡Ah!, es verdad que no nos permiten...

HJALMAR.—Muchas gracias; no quisiera...

FLOR.—¿No quiere usted declamarnos una poesía bonita, Ekdal? Antes lo hacía usted tan bien...

HJALMAR.—No se me ocurre, desgraciadamente, ninguna.

FLOR.—¡Qué lástima! ¿Y qué vamos a hacer ahora, Balle? *(Se van los dos hacia la habitación del fondo.)*

HJALMAR.—(*Sombríamente.*) Voy a marcharme, Gregor. Cuando un hombre ha recibido en la cabeza el golpe abrumador del destino, sabes... Despídeme de tu padre.

GREGOR.—Sí, sí. ¿Vas directamente a casa?

HJALMAR.—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

GREGOR.—Porque puede ser que vaya a verte más tarde.

HJALMAR.—No, no lo hagas. No vengas a mi casa. Es triste y solitaria, Gregor; mucho más después de un banquete como este. Podemos vernos en cualquier parte, fuera.

SEÑORA SÖRBY.—(*Que se ha acercado, a media voz.*) ¿Se va usted, Ekdal?

HJALMAR.—Sí.

SEÑORA SÖRBY.—Recuerdos a Gina.

HJALMAR.—De su parte.

SEÑORA SÖRBY.—Y dígala que iré uno de estos días a verla.

HJALMAR.—Es usted muy amable. (*A Gregor.*) Quédate aquí; quiero irme sin que se note. (*Se va rápidamente hacia la habitación del fondo y sale por la derecha.*)

SEÑORA SÖRBY.—(*Bajo a Pettersen, que ha vuelto.*) ¿Qué, le ha dado usted algo al viejo?

PETTERSEN.—Sí, le di una botella de coñac.

SEÑORA SÖRBY.—Podía usted haber encontrado algo mejor.

PETTERSEN.—No, señora; el coñac es lo mejor que existe para él.

FLOR.—(*En la puerta, con un cuaderno de música en la mano.*) ¿No quiere usted que toquemos juntos un poco, señora?

SEÑORA SÖRBY.—Sí, vamos a tocar.

LOS INVITADOS.—¡Bravo! ¡Bravo!

(La señora Sörby y los invitados cruzan la habitación de atrás y salen por la derecha. Gregor se queda en pie en la chimenea. Werle busca en la mesa de escribir, como deseando que Gregor se vaya; pero en vista de que este no se mueve, Werle se va hacia la puerta de salida.)

GREGOR.—Padre, ¿no querías esperar un momento?

WERLE.—*(Parándose.)* ¿Qué pasa?

GREGOR.—Tengo que decirte dos palabras.

WERLE.—¿No podrías aguardar hasta que estemos solos?

GREGOR.—No, porque pudiera ocurrir que no nos quedásemos solos.

WERLE.—*(Acercándose.)* ¿Qué significa eso?

(Durante la escena que sigue se oye el piano en el salón de música.)

GREGOR.—¿Cómo es posible que hayas dejado que caiga de tal modo esa familia?

WERLE.—Probablemente te referirás a los Ekdal; me lo figuro.

GREGOR.—Sí, a los Ekdal me refiero. El oficial Ekdal era un día tu amigo.

WERLE.—Desgraciadamente, demasiado. He tenido que lamentarlo y que purgarlo. A él es a quien debo que también mi buen nombre y reputación apareciesen, en cierto modo, con una mancha.

GREGOR.—¿Fue él realmente el único culpable?

WERLE.—¿Quién si no?

GREGOR.—Él y tú hicisteis juntos la gran compra de bosques.

WERLE.—Pero él fue quien aceptó aquellos títulos de propiedad no muy claros. Él fue quien cortó ilegalmente madera en la propiedad

del Estado. Él solo dirigía los trabajos allá arriba. Yo no sabía nada de las empresas en que andaba metido el oficial Ekdal.

GREGOR.—El oficial Ekdal mismo no tenía idea alguna de las empresas en que andaba metido.

WERLE.—Es posible; pero el hecho es que él salió condenado, y absuelto yo.

GREGOR.—Sí, ya lo sé; faltaron pruebas.

WERLE.—Una absolución es una absolución. ¿Por qué revuelves ahora esas historias dolorosas que un tiempo hicieron encanecer mis cabellos? ¿Es que te has pasado todos estos años allá arriba cavilando sobre ellas? Puedo asegurarte, Gregor, que aquí, en la ciudad, hace mucho que esas historias están olvidadas..., al menos por lo que a mí se refiere.

GREGOR.—Pero la infeliz familia Ekdal...

WERLE.—¿Qué es lo que hubiera debido hacer por esas gentes? Cuando Ekdal recobró la libertad era un hombre caído sin remedio. Hay gentes que caen al primer choque, por ligero que sea, y ya no vuelven a levantarse. Puedes creerme, Gregor: he ido todo lo lejos que podía, sin perjudicarme, alimentando sospechas y murmuraciones...

GREGOR.—¡Sospechas!... Sí, claro está...

WERLE.—A Ekdal le doy trabajo de la oficina y se lo pago más, mucho más de lo que vale.

GREGOR.—(*Sin mirarle.*) Eso no lo dudo.

WERLE.—¿Te ríes? ¿Es que acaso no crees que es verdad lo que digo? En mis libros no hay nada de eso, es verdad, pues gastos semejantes no los anoto en ellos.

GREGOR.—(*Sonriendo fríamente.*) Sí, hay ciertos gastos que no deben figurar en los libros.

WERLE.—¿Qué quieres decir?

GREGOR.—(*Con valor forzado.*) ¿Figura acaso en tus libros lo que te ha costado el que Hjalmar Ekdal aprendiera a fotografiar?

WERLE.—¿Yo? ¿Por qué en mis libros?

GREGOR.—Sé que tú lo has pagado y sé también que le has puesto generosamente en situación de casarse.

WERLE.—¡Y, a pesar de eso, dices que no he hecho nada por los Ekdal! Te aseguro que me han costado bastante.

GREGOR.—¿Figura en los libros alguno de esos gastos?

WERLE.—¿Por qué lo preguntas?

GREGOR.—¡Oh, tengo mis motivos! Oye, dime..., cuando se te ocurrió proteger tan generosamente al hijo de tu antiguo amigo..., ¿no era en el tiempo en que trataba de casarse?

WERLE.—¡Pero qué diablos!... ¿Cómo quieres que después de tantos años sepa...?

GREGOR.—Entonces me escribiste una carta..., una carta comercial, naturalmente, y en una posdata me decías brevemente que Hjalmar Ekdal se había prometido con una señorita Hansen.

WERLE.—Sí, y así se llamaba.

GREGOR.—Pero no me decías nada de que esa señorita Hansen era Gina Hansen, nuestra antigua ama de llaves.

WERLE.—(*Ríe burlona, pero forzadamente.*) No, no creí que te interesaras tan vivamente por nuestra antigua ama de llaves.

GREGOR.—No me interesaba lo más mínimo. Pero... (*Bajando la voz*), pero había aquí, en la casa, alguien que se interesaba especialmente por ella.

WERLE.—¿Qué quieres decir con eso? (*Descompuesto.*) ¿No te referirás a mí?

GREGOR.—(*En voz baja, pero con firmeza.*) Sí, a ti me refiero.

WERLE.—¡Y te atreves a decir eso..., osas...! ¿Cómo puede atreverse ese..., el fotógrafo..., a sospechar tal cosa de mí?

GREGOR.—Hjalmar no ha dicho de todo esto ni una sola palabra. No creo que tenga la menor sospecha.

WERLE.—Pero ¿de dónde lo sacas entonces? ¿Quién ha podido decirte...?

GREGOR.—Me lo dijo mi desdichada madre la última vez que la vi.

WERLE.—¡Tu madre!... Podía habérmelo figurado. Ella y tú hacíais causa común siempre. Ella fue quien desde el principio te apartó de mí.

GREGOR.—No; la separación la produjo todo lo que sufrió y toleró aquí hasta que acabó tan míseramente.

WERLE.—No tenía nada que sufrir, ni tolerar nada, al menos no más que otras muchas. Pero con gentes enfermas y exaltadas no hay posibilidad de entenderse. De eso tengo experiencia bastante. ¡Y ahora vienes y me arrojas una sospecha semejante..., vienes y hozas en todas las viejas murmuraciones y calumnias contra tu propio padre!... ¿Sabes, Gregor, que a tus años podías ocuparte de cosas más útiles?

GREGOR.—Sí, parece que ya va siendo tiempo de ello.

WERLE.—Entonces puede ser que tu temperamento se hiciese un poco más ligero que lo que ahora parece ser. ¿Adónde vas a parar con pasarte año tras año allá arriba sin aceptar un céntimo sobre tu sueldo, como un empleado cualquiera? Eso es una locura.

GREGOR.—Si yo pudiese estar seguro...

WERLE.—Ya te entiendo. Quieres ser independiente; no quieres deberme nada. Pues ahora tienes ocasión de hacerte independiente en todos sentidos.

GREGOR.—¿De veras? ¿Y de qué modo?

WERLE.—Al escribirte que tenías que venir enseguida a la ciudad...

GREGOR.—Eso... ¿Qué es lo que querías de mí? Llevo todo el día esperando que me lo digas.

WERLE.—Quiero proponerte que ingreses como socio en la casa.

GREGOR.—¿Yo en tu casa? ¿Como socio?

WERLE.—Sí; no por eso necesitamos estar siempre juntos. Tú podías encargarte de los negocios aquí, en la ciudad, y yo me iría a las minas.

GREGOR.—¿Eso quieres?

WERLE.—Sí, ya no puedo trabajar como antes. Tengo que cuidar mis ojos, Gregor. Empiezo a tener débil la vista.

GREGOR.—Débil la has tenido siempre.

WERLE.—No tanto como ahora... Y luego, además..., es posible que las circunstancias me aconsejen vivir, allá arriba, al menos por algún tiempo.

GREGOR.—No lo hubiera soñado nunca.

WERLE.—Oye, Gregor: hay muchas cosas que nos separan; pero, al fin y al cabo, somos padre e hijo. Creo que podríamos llegar a entendernos de algún modo.

GREGOR.—¿Exteriormente quieres decir?

WERLE.—Eso también sería ya algo. Piénsalo, Gregor. ¿No crees que podría hacerse, eh?

GREGOR.—(*Mirándole fríamente.*) Hay algo que te callas.

WERLE.—¿Cómo?

GREGOR.—De seguro me necesitas para alguna cosa.

WERLE.—En una relación tan íntima como la nuestra el uno necesita siempre del otro.

GREGOR.—Sí, eso se dice.

WERLE.—Quisiera tenerte conmigo algún tiempo, Gregor. Estoy muy solo, Gregor; me he sentido siempre solo, toda mi vida; pero ahora que empiezo a envejecer, más que nunca. Siento la necesidad de tener alguien a mi lado.

GREGOR.—Ya tienes a la señora Sörby.

WERLE.—Sí que es verdad, y se me ha hecho casi indispensable. Está siempre alegre, anima toda la casa..., y eso es necesario para mí.

GREGOR.—Bien; entonces ya tienes todo lo que deseas.

WERLE.—Pero temo que no siga así. Una mujer en sus circunstancias fácilmente se encuentra colocada en una posición falsa ante el mundo. Y casi diría que hasta para un hombre es desagradable.

GREGOR.—¡Oh!, el que puede dar las comidas que tú das, puede permitirse muchas cosas.

WERLE.—Pero ¿y ella, Gregor? Me temo que no se avenga a continuar así mucho tiempo. Y aunque se aviniese, aunque por afecto a mí arrostrase murmuraciones y calumnias..., ¿no crees, Gregor; tú con tu conciencia estrecha que...?

GREGOR.—(*Interrumpiéndole.*) Contéstame sencillamente a esta pregunta. ¿Piensas casarte con ella?

WERLE.—Y si pensase en hacerlo, ¿qué?

GREGOR.—Yo digo también, ¿qué?

WERLE.—¿Te repugnaría tanto?

GREGOR.—No, de ningún modo; en ningún sentido.

WERLE.—¿No podía saber si por respetos al recuerdo de tu madre...?

GREGOR.—Yo no soy un exaltado.

WERLE.—Seas lo que seas, lo cierto es que me has quitado un peso de encima. Me alegra extraordinariamente el contar con tu

aquiescencia en este asunto.

GREGOR.—(*Mirándole sin pestañear.*) ¡Ahora veo para qué quieres utilizarme!

WERLE.—¿Utilizarte? ¡Qué palabra!

GREGOR.—No seamos tan escrupulosos en la elección de las palabras... por lo menos a solas. (*Ríe un momento.*) ¡Por vida de...! ¿De modo que por eso tenía que venir personalmente a la ciudad? ¡Por la señora Sörby se va a poner aquí en escena una vida de familia! ¡La reconciliación entre padre e hijo! ¡Sí que es una cosa nueva!

WERLE.—¿Cómo te atreves a usar un tono semejante conmigo?

GREGOR.—¿Cuándo hubo aquí vida de familia? No puedo recordar que la haya habido nunca. Pero ahora necesitamos un poco de ella, pues hará un magnífico efecto el que se sepa que el hijo —en alas de la piedad— corrió apresurado a casa para asistir a las bodas del padre. ¿Qué queda de todos los rumores que hablaban de lo que la pobre difunta tuvo que sufrir y tolerar? Ni un ápice. El propio hijo los ha aventado.

WERLE.—Gregor, ¿hay en el mundo algún hombre a quien quieras tan mal como a mí?

GREGOR.—(*En voz baja.*) Te he visto demasiado de cerca.

WERLE.—Me has mirado con los ojos de tu madre. (*Bajando un poco la voz.*) Pero debías pensar en que esos ojos estaban a veces empañados.

GREGOR.—Ya entiendo a lo que te refieres. Pero ¿quién tiene la culpa de la desdichada debilidad de mi madre? ¿Quién sino tú y todas esas...? La última de ellas fue aquella a quien se unió con Hjalmar Ekdal cuando tú ya no... ¡Oh!

WERLE.—(*Encogiéndose de hombros.*) ¡Palabras y nada más que palabras! Como si estuviera oyendo a tu madre.

GREGOR.—(*Sin atenderle.*) Y ahí está él ahora, con su gran alma de niño, en medio de la falsía...; viviendo bajo el mismo techo con una de esas personas, sin saber que lo que llama su hogar está levantado sobre una mentira. (*Acercándose un paso.*) Cuando vuelvo la vista hacia tu vida pasada me parece contemplar un campo de batalla sembrado de vidas de hombre rotas.

WERLE.—Casi creo que el abismo que nos separa es demasiado hondo.

GREGOR.—(*Inclinándose con tranquilidad forzada.*) Eso mismo he notado también, y por eso cojo mi sombrero y me voy.

WERLE.—¿Te vas?... ¿De la casa?

GREGOR.—Sí, pues ahora comprendo, por fin, que tengo una misión en la vida.

WERLE.—¿Qué misión?

GREGOR.—Te reirías si te lo dijese.

WERLE.—Un hombre solitario no se ríe tan fácilmente, Gregor.

GREGOR.—(*Señalando hacia el fondo.*) Mira, padre, allí juegan tus invitados a la gallina ciega con la señora Sörby... ¡Buenas noches!... ¡Adiós!... (*Sale por el fondo derecha. Se oyen ruidos de voces y risas de la reunión, que se hace visible en el fondo.*)

WERLE.—(*Murmura sarcásticamente.*) ¡Bah! ¡Y dice que no es exaltado!

ACTO SEGUNDO

El estudio de Hjalmar Ekdal. Es bastante espacioso y se nota que es una buhardilla. A la izquierda, un tejado inclinado con grandes ventanas de cristal medio cubiertas por una cortina azul. En el fondo, en la esquina derecha, la puerta de entrada, y al mismo lado, en primer término, otra puerta que da a las habitaciones. En el muro izquierda hay igualmente dos puertas, y entre ambas, una estufa de hierro. En el fondo, una puerta de dos hojas que pueden correrse. El estudio es pobre, pero está amueblado y puesto de un modo agradable. Entre las dos puertas de la derecha, algo alejado del muro, hay un sofá con una mesa y algunas sillas; sobre la mesa, un quinqué con una pantalla; en el rincón de la estufa, una butaca vieja. Aquí y allá están colocados distintos aparatos fotográficos. En el muro del fondo, a la izquierda de la puerta de hojas, un estante con algunos libros, cajas y botellas con sustancias químicas, instrumentos y otros objetos. Sobre la mesa, hay fotografías, pinceles, papel, etc. Gina está sentada en una silla a la mesa y cose. Hedwig está sentada en el sofá, apoyada de codos sobre la mesa y con la mano protegiendo los ojos. Lee un libro.

GINA.—(La mira una o dos veces, preocupada, y luego dice.)
Hedwig. (Hedwig no oye. Más alto.) Hedwig.

HEDWIG.—(Separando las manos y levantando la vista.) ¿Qué quieres, mamá?

GINA.—Hija mía, no puedes seguir leyendo.

HEDWIG.—¡Oh, mamá! ¿No podría leer un poquitín todavía?

GINA.—No, no; tienes que dejar el libro. A tu padre no le gusta; tampoco él lee nunca por la noche.

HEDWIG.—(*Cerrando el libro.*) No, a papá no le gusta mucho leer.

GINA.—(*Deja la costura a un lado y coge un lápiz y un cuaderno de la mesa.*) ¿Te acuerdas de cuánto hemos gastado hoy en manteca?

HEDWIG.—Una corona y sesenta y cinco öres.

GINA.—Eso es. (*Lo anota.*) ¡Es terrible; cuánta manteca se gasta en esta casa! ¡Además, longaniza y queso... (*Anotando*), y luego jamón...! (*Suma.*) ¿Son?...

HEDWIG.—Además la cerveza.

GINA.—Claro está. (*Anotando.*) Sube mucho, pero tiene que ser así.

HEDWIG.—En cambio, nosotras dos, como papá estaba fuera, no hemos necesitado nada caliente al mediodía.

GINA.—Sí, eso estuvo bien. Y, además, sobre ocho coronas cincuenta por las fotografías.

HEDWIG.—¿De veras? ¿Era tanto?

GINA.—Ocho coronas cincuenta, justas. (*Pausa. Gina vuelve a coger su labor. Hedwig coge un lápiz y un papel y empieza a dibujar, tapándose los ojos con la mano izquierda.*)

HEDWIG.—¿No es divertido pensar que papá está en una gran comida con el señor Werle?

GINA.—No puedes decir que esté con el señor Werle. En realidad, el que le ha convidado es el hijo. (*Rápidamente.*) Con el señor Werle no tenemos nada que ver.

HEDWIG.—¡Tengo unas ganas de que venga papá! Me prometió pedirle a la señora Sörby algo bueno para mí.

GINA.—Sí, en la casa hay muchas cosas buenas; puedes estar segura.

HEDWIG.—(*Sigue dibujando.*) Además tengo un poco de hambre, la verdad. (*El viejo Ekdal, con unos papeles debajo del brazo y otro paquete en el bolsillo de la chaqueta, entra por la puerta del pasillo.*)

GINA.—¡Qué tarde vuelve hoy el abuelo!

EKDAL.—Habían cerrado las oficinas. Tuve que esperar con Groberg; por último, pude pasar... ¡Hum!...

HEDWIG.—¿Te dieron algo nuevo que copiar, abuelo?

EKDAL.—Todo esto; mira.

GINA.—Eso está bien.

HEDWIG.—Y en el bolsillo tienes otro paquete.

EKDAL.—¿Cómo? ¡No digas tonterías! Esto no es nada. Traigo trabajo para mucho tiempo, Gina. (*Descorre un poco la puerta del fondo.*) ¡Chist! (*Mira un momento adentro y vuelve a cerrar con precaución la puerta.*) ¡Oh!, duermen todos en un montón. Y él se ha metido en el cesto. ¡Ajajá!

HEDWIG.—¿Estás seguro, abuelo, de que no tendrá frío en el cesto?

EKDAL.—¿Cómo puedes pensarlo? (*Se va hacia la última puerta a la izquierda.*) Encontraré cerillas dentro, ¿verdad?

GINA.—Las cerillas están sobre la cómoda. (*Ekdal entra en su cuarto.*)

HEDWIG.—¡Qué bien que el abuelo tenga algo que escribir!

GINA.—¡Pobre abuelo! Así ganará un poco de dinero para el bolsillo.

HEDWIG.—Y no se pasará toda la mañana abajo en la antipática taberna de la señora Eriksen.

GINA.—Sí, eso también. *(Pausa corta.)*

HEDWIG.—¿Estarán todavía a la mesa?

GINA.—Dios sabe; pero pudiera ser.

HEDWIG.—¡Las cosas buenas que comerá papá! De seguro que estará alegre y contento cuando vuelva. ¿No lo crees tú también, mamá?

GINA.—Sí, pero figúrate si pudiéramos decirle que habíamos alquilado la habitación.

HEDWIG.—Pero eso no lo necesitamos esta noche.

GINA.—¡Huy, huy, qué bien estaría! Pero es inútil pensar en ello.

HEDWIG.—No es eso; quiero decir que no es necesario, porque papá estará esta noche de todos modos de buen humor. Lo de la habitación vale más que sea para otra vez.

GINA.—*(Mirándola.)* ¿Te gusta contarle algo bueno a papá cuando vuelve a casa por la noche?

HEDWIG.—Claro que sí; se pone contento.

GINA.—*(Pensativa.)* Sí, hay algo de verdad en eso. *(Ekdal vuelve a entrar y va a salir por la puerta primera de la izquierda.)*

GINA.—*(Volviéndose a medias en la silla.)* Abuelo, ¿quieres algo de la cocina?

EKDAL.—Sí que quería; pero no te muevas. *(Sale.)*

GINA.—No se le ocurrirá revolver la lumbre. *(Aguarda un momento.)* Hedwig, ve a ver lo que hace. *(Ekdal entra con un jarro de agua humeante.)*

HEDWIG.—¿Llevas agua caliente, abuelo?

EKDAL.—Sí, la necesito. Tengo que escribir, y la tinta está muy espesa.

GINA.—Pero debías cenar antes, abuelo. La cena está puesta a calentar.

EKDAL.—La cena me importa un bledo, Gina. Te digo que tengo mucha prisa; no quiero que entre nadie en mi habitación..., nadie... *(Entra en su habitación. Gina y Hedwig se miran.)*

GINA.—*(Bajo.)* ¿De dónde habrá sacado el dinero para eso?

HEDWIG.—Seguramente le daría algo Groberg.

GINA.—No, eso no; porque Groberg me envía siempre a mí el dinero.

HEDWIG.—Entonces le habrán prestado una botella en alguna parte.

GINA.—¡Pobre padre! Ya hace mucho tiempo que nadie le presta nada. *(Hjalmar, con gabán y un sombrero gris de fieltro, entra por la derecha.)*

GINA.—*(Deja la labor y se levanta.)* ¡Cómo, Hjalmar!, ¿ya estás de vuelta?

HEDWIG.—*(Al mismo tiempo, poniéndose en pie de un salto.)* ¿Vienes ya, papá?

HJALMAR.—*(Quitándose el sombrero.)* Sí; la mayor parte se han marchado.

HEDWIG.—¿Tan temprano?

HJALMAR.—Era una comida, mujer. *(Va a quitarse el gabán.)*

GINA.—Déjame que te ayude.

HEDWIG.—A mí también. *(Se lo quitan, y Gina lo cuelga en el muro del fondo.)* ¿Había mucha gente, papá?

HJALMAR.—¡Oh, no; no muchos!; seríamos doce o catorce personas a la mesa.

GINA.—¿Y hablarías con todos ellos?

HJALMAR.—Un poco sí; pero Gregor me tomó por su cuenta.

GINA.—¿Sigue siendo tan feo Gregor?

HJALMAR.—¡Psch!, no acaba de tener buen aspecto. ¿Ha vuelto ya el viejo?

HEDWIG.—Sí, el abuelo está allá adentro escribiendo.

HJALMAR.—¿Dijo algo?

GINA.—No. ¿Qué iba a decir?

HJALMAR.—¿No habló nada de...? Me parece haber oído que estaba en la oficina con Groberg. Voy a verlo un momento.

GINA.—No, no vale la pena.

HJALMAR.—¿Por qué no? ¿Ha dicho que no entrara?

GINA.—Esta noche no quiere que entre nadie...

HEDWIG.—(*Haciendo señas.*) ¡Hum!... ¡Hum!...

GINA.—(*Sin notarlo.*) Estuvo aquí..., y se llevó agua caliente...

HJALMAR.—¿De modo que tiene?...

GINA.—Así es.

HJALMAR.—¡Oh Dios! ¡Mi pobre viejo padre! Déjale estar y satisfacerse una vez. (*Ekdal, en traje de casa y con la pipa encendida, sale de su cuarto.*)

EKDAL.—¿Ya estás de vuelta? Me parecía haberte oído hablar.

HJALMAR.—Acabo de llegar.

EKDAL.—¿No me viste, verdad?

HJALMAR.—No, pero me dijeron que habías pasado..., y quise seguirte.

EKDAL.—¡Hum!... Muy amable, Hjalmar... ¿Qué gentes había?

HJALMAR.—¡Oh!, muchos; estaban el gentilhomme Flor, el gentilhomme Balle, el gentilhomme Kaspersen y el gentilhomme qué sé yo.

EKDAL.—¿Oyes, Gina? Ha estado con todos esos gentilhombres.

GINA.—Sí, ahora hay una sociedad muy fina en la casa.

HEDWIG.—¿Cantaron los gentilhombres, o declamaron algo, papá?

HJALMAR.—No, no hicieron más que charlar. Querían que yo declamase algo, pero no lo lograron.

EKDAL.—¿No quisiste declamar algo?

GINA.—Pero hubieras debido hacerlo...

HJALMAR.—No, no se debe estar a la disposición del primero que llega. (*Paseando arriba y abajo.*) Al menos, yo no lo hago.

EKDAL.—No, no; Hjalmar no se entrega fácilmente.

HJALMAR.—No sé por qué voy a entretener a los otros cuando alguna vez salgo. Que los demás se tomen ese trabajo. Esas gentes se pasan la vida de una casa en otra comiendo y bebiendo. Es justo que se muestren agradecidos por lo que comen.

GINA.—Pero ¿no dirías eso?

HJALMAR.—(*Canturreando.*) ¡Oh!, tuvieron que escuchar muchas cosas.

EKDAL.—¿Los gentilhombres también?

HJALMAR.—También para ellos hubo algo. (*Con ligereza.*) Tuvimos una pequeña discusión sobre el vino de Tokay.

EKDAL.—¡Oh!, ese es un buen vino, amigo.

HJALMAR.—(*Parándose.*) Será bueno. Pero lo que te aseguro es que no todos los años son iguales, y que la cosa depende de la cantidad de sol que las vides hayan recibido.

GINA.—Pero tú lo sabes todo, Ekdal.

EKDAL.—¿Y discutían eso?

HJALMAR.—Lo intentaron; pero entonces tuvieron que oír que lo mismo ocurría con los gentilhombres. Alguien dijo que no todos los años eran tan finos.

GINA.—Pero ¡qué cosas se te ocurren!

EKDAL.—¡Ja, ja! ¿Y tuvieron que tragárselo?

HJALMAR.—Se les dijo en su propia cara.

EKDAL.—Oye, Gina, se lo dijo en la cara a los gentilhombres.

GINA.—¡Figúrate! ¡Decirle a uno en la cara una cosa así!

HJALMAR.—Bien; pero no quisiera que se hablase de ello; esas cosas no se cuentan. Naturalmente, todo se deslizó amistosamente; eran gentes simpáticas, de buen humor. ¿Para qué molestarles? No.

EKDAL.—Pero así, en la cara.

HEDWIG.—(*Aduladora.*) ¡Qué cómico, papá, verte de frac! Tienes un gran aspecto con él.

HJALMAR.—¿Verdad que sí? Y este me sienta admirablemente. Me está como si lo hubieran cortado para mí; acaso un poco estrecho debajo de los brazos... Ayúdame, Hedwig. (*Se quita el frac.*) Prefiero la chaqueta. ¿Dónde tienes la chaqueta, Gina?

GINA.—Aquí está. (*Trae la chaqueta y le ayuda.*)

HJALMAR.—¡Muy bien! Piensa en enviarle el frac a Molvig mañana por la mañana.

GINA.—(*Posándolo.*) Así se hará.

HJALMAR.—(*Estirándose.*) ¡Oh!, se siente uno enseguida a sus anchas. Un traje así, ancho y suelto, es mucho mejor para mí. ¿Verdad, Hedwig?

HEDWIG.—Sí, papá.

HJALMAR.—Con la corbata flotante... ¡Mira! ¿Eh?

HEDWIG.—Sí, está muy bien con el bigote y con tus cabellos crespos...

HJALMAR.—Crespos no. Yo diría más bien rizados.

HEDWIG.—Sí, porque están muy ondulados.

HJALMAR.—Esos son rizos.

HEDWIG.—(*Tirándole de la chaqueta.*) ¡Papá!

HJALMAR.—¿Qué pasa?

HEDWIG.—¡Oh!, sabes muy bien lo que quiero.

HJALMAR.—No, de veras que no.

HEDWIG.—(*Entre riendo y llorando.*) ¡Oh, papá!, no me atormentes más.

HJALMAR.—Pero ¿qué quieres?

HEDWIG.—No hables más; dámelo pronto, papá. Ya sabes; las cosas buenas que me prometiste...

HJALMAR.—¡Es verdad! ¡Que haya podido olvidarlo!

HEDWIG.—Quieres burlarte de mí. Eso no está bien. ¿Dónde las tienes? Ya sabes lo que quiero.

HJALMAR.—Bien; del todo no me olvidé. Pero espera un poco. Te he traído otra cosa. (*Coge el frac y busca en los bolsillos.*)

HEDWIG.—(*Saltando y palmoteando.*) ¡Oh, mamá, mamá!

GINA.—¿Lo ves? Si no dejas tiempo para...

HJALMAR.—(*Sacando un papel.*) Aquí está.

HEDWIG.—Pero eso no es más que un pedazo de papel, papá.

HJALMAR.—Este es el menú, todo el menú. Mira, aquí está escrito, menú.

HEDWIG.—¿No has traído más que eso?

HJALMAR.—Lo otro lo he olvidado, hija mía. Pero puedes creerme que hay aquí cosas lindas que comer. Siéntate en la mesa y lee el menú, ya te diré luego a qué saben los platos. Allí, Hedwig.

HEDWIG.—(*Conteniendo las lágrimas.*) ¡Gracias! (*Se sienta, pero sin leer. Gina le hace señas, y Hjalmar lo nota.*)

HJALMAR.—Claro. Un padre de familia tiene que ocuparse de las cosas más inauditas, y si se olvida de lo más mínimo, enseguida se le pone mala cara. Bueno, también a eso se acostumbra uno. (*Parándose en la estufa junto al viejo.*) ¿Has visto ya cómo andaban allá adentro esta noche?

EKDAL.—Puedes figurártelo. Se ha metido en el cesto.

HJALMAR.—¿De veras? De modo que empieza a acostumbrarse al cesto.

EKDAL.—Sí, ya te lo decía yo. Pero hay todavía algunas cosas...

HJALMAR.—Sí, sí; algunos arreglos.

EKDAL.—Y hay que hacerlos.

HJALMAR.—Bien, vamos a tratar un poco de los arreglos. Ven, sentémonos en el sofá.

EKDAL.—Sí, sí...; pero tengo que llenar la pipa..., y limpiarla... ¡Hum!... (*Se va a su cuarto.*)

GINA.—(*Sonriendo, a Hjalmar.*) ¡Limpiar la pipa!...

HJALMAR.—¡Oh, déjale! ¡Pobre viejo caído!... De modo que los arreglos..., lo mejor será terminarlos mañana.

GINA.—Mañana no tendrás tiempo, Hjalmar.

HEDWIG.—(*Interrumpiendo.*) ¡Oh, claro que sí, mamá!

GINA.—Piensa en que hay que retocar las copias; ya han mandado muchas veces a pedir las.

HJALMAR.—¿Sí? ¿Otra vez las copias? ¡Ya se harán! ¿Han venido encargos nuevos?

GINA.—Desgraciadamente, no; para mañana no tengo más que los dos retratos que tú sabes.

HJALMAR.—¿Nada más? ¡Claro está, no tomándose el trabajo!...

GINA.—Pero ¿qué voy a hacer? Ya anuncio todo lo que puedo.

HJALMAR.—¡Los periódicos, los periódicos!... Ya ves para qué sirve eso... ¿Tampoco habrá venido nadie a ver la habitación?

GINA.—No, todavía no.

HJALMAR.—¡Era de esperar!... ¡No ocupándose de las cosas!... Hay que tener interés, Gina...

HEDWIG.—¿Quieres la flauta, papá?

HJALMAR.—No, nada de flauta. No necesito alegría ninguna en este mundo. (*Paseando agitado.*) Mañana me pondré a trabajar de firme; no habrá queja. Trabajaré cuanto mis fuerzas den de sí...

GINA.—¡Pero, querido Ekdal, nadie dice...!

HEDWIG.—Papá, ¿quieres que traiga una botella de cerveza?

HJALMAR.—No, nada; para mí no necesito nada... (*Parándose.*) ¿Cerveza?... ¿Hablabas de cerveza?

HEDWIG.—(*Vivamente.*) Sí, papá; cerveza fresca, rica.

HJALMAR.—Bien, si te empeñas, puedes traerme una botella.

GINA.—Sí, tráela; así tendremos mejor humor.

HJALMAR.—(*Junto a la estufa coge a la niña, la mira, toma su cabeza entre las manos y la aprieta contra sí.*) ¡Hedwig! ¡Hedwig!

HEDWIG.—(*Llena de alegría, con lágrimas en los ojos.*) ¡Papá mío querido!

HJALMAR.—No, no me llames así. He estado sentado a la mesa del rico, ocupándome de mí, comiendo de todos aquellos manjares. ¡Cómo podría yo...!

GINA.—(*Sentándose en la mesa.*) ¡No hables así, Ekdal!

HJALMAR.—Pero no debéis tomármelo a mal. Ya sabéis que, a pesar de eso, os quiero mucho.

HEDWIG.—(*Abrazándole.*) Y nosotras a ti tanto, mi buen papá...

HJALMAR.—Y si alguna vez fuese un poco violento, pensad que soy un hombre asaltado por un ejército de preocupaciones... ¡No *(Secándose los ojos)*, nada de cerveza en un momento como este!... Dame la flauta. *(Hedwig corre a buscarla y la trae.)* Gracias. Así está bien. Con la flauta en la mano y teniéndooos a mi lado... *(Hedwig se sienta junto a Gina. Hjalmar pasea arriba y abajo, y comienza, con arrebatos, a tocar un baile popular bohemio, pero en un tiempo lento y elegíaco y con mucho sentimiento. De pronto cesa de tocar, le da a Gina la mano izquierda y dice conmovido.)* Se vivirá estrecha y pobremente bajo nuestro techo, Gina. Pero es nuestra casa. Y yo digo que aquí se está bien. *(Vuelve a tocar, y al poco tiempo llaman a la puerta del pasillo.)*

GINA.—*(Levantándose.)* ¡Silencio, Ekdal! Creo que viene alguien.

HJALMAR.—*(Posando la flauta.)* ¡Cómo! ¿Otra vez?...

(Gina abre la puerta.)

GREGOR.—*(Desde afuera.)* ¡Perdone usted!...

GINA.—*(Retrocediendo un poco.)* ¡Ah!...

GREGOR.—¿No vive aquí el fotógrafo Ekdal?

GINA.—Sí, señor.

HJALMAR.—*(Yendo hacia la puerta.)* ¿Estás ahí, Gregor? ¡Pasa, hombre, pasa!

GREGOR.—*(Entrando.)* Ya te dije que vendría a verte.

HJALMAR.—¿Pero esta tarde? ¿Has dejado la reunión?

GREGOR.—La reunión y la casa paterna. ¡Buenas tardes, señora Ekdal! No sé si me reconocerá usted.

GINA.—¡Oh, sí! El joven señor Werle no es difícil de reconocer.

GREGOR.—No; yo me parezco a mi madre, y de ella sí se acordará usted.

HJALMAR.—¿Dices que te has marchado de tu casa?

GREGOR.—Sí, me he mudado a una fonda.

HJALMAR.—¿De veras? Bien; ya que has venido, quítate el abrigo y siéntate.

GREGOR.—Gracias. *(Se quita el abrigo. Está vestido con un sencillo traje gris, de corte rústico.)*

HJALMAR.—Aquí, en el sofá. Ponte cómodo. *(Gregor se sienta en el sofá; Hjalmar, en una silla, junto a la mesa.)*

GREGOR.—*(Mirando alrededor.)* ¿De modo que vives aquí, Hjalmar?

HJALMAR.—Este es el estudio, como ves.

GINA.—Es más espacioso, y por eso preferimos estar aquí.

HJALMAR.—Antes vivíamos mejor; pero esta casa tiene una gran ventaja, un magnífico desván...

GINA.—Y luego tenemos una habitación al otro lado del pasillo, que alquilaríamos con gusto.

GREGOR.—*(A Hjalmar.)* ¡Vaya, vaya; hasta alquilas habitaciones!...

HJALMAR.—Todavía no; no es tan fácil, ¿sabes? Hay que ocuparse de ello... Pero ¿dónde está la cerveza, Hedwig?

(Hedwig va a la cocina.)

GREGOR.—Es tu hija, ¿verdad?

HJALMAR.—Sí, Hedwig.

GREGOR.—¿La única?

HJALMAR.—Sí, la única. Nuestra mayor alegría en el mundo, y... *(Bajando la voz.)* también nuestra mayor preocupación.

GREGOR.—¿Por qué dices eso?

HJALMAR.—Porque está en peligro de perder la vista.

GREGOR.—¡Ciega!

HJALMAR.—Hasta ahora solo se han observado los primeros síntomas, y puede tardar mucho todavía. Pero el médico nos lo ha advertido. Viene sin remedio.

GREGOR.—¡Es una desgracia espantosa! ¿De dónde puede venirle?

HJALMAR.—(*Suspirando.*) Probablemente es hereditario.

GREGOR.—(*Sorprendido.*) ¿Hereditario?

GINA.—La madre de Ekdal tenía también la vista débil.

HJALMAR.—Sí, mi padre lo dice; yo no puedo acordarme de ello.

GREGOR.—¡Pobre niña! ¿Y cómo conlleva ella la desgracia?

HJALMAR.—¡Oh!, ya puedes figurarte que no hemos tenido valor para decírselo. No adivina el peligro, y alegre y descuidada como un pajarillo, vuela a la noche eterna de la vida. (*Abrumado.*) ¡Oh, es un peso tan terrible para mí, Gregor! (*Hedwig trae una bandeja con cerveza y copas que pone sobre la mesa. Acariciándola el cabello.*) Gracias, gracias, Hedwig. (*Hedwig se abraza a su cuello y le murmura algo al oído.*) No, nada de comer. ¿Quieres algo acaso, Gregor?

GREGOR.—(*Con un gesto de denegación.*) No, no; gracias.

HJALMAR.—(*Siempre en tono melancólico.*) Bueno, puedes traer cualquier cosa. Puedes traer algunas tajadas de pan con manteca. (*Se inclina regocijada y va a la cocina.*)

GREGOR.—(*Que la ha seguido con los ojos.*) Tiene un aspecto fresco y sano.

GINA.—Sí, a Dios gracias; en lo demás está bien.

GREGOR.—Con el tiempo se ha de parecer a usted, señora Ekdal. ¿Qué edad tiene?

GINA.—Hedwig tiene catorce años justos; pasado mañana es su cumpleaños.

GREGOR.—Está bastante crecida para su edad.

GINA.—Sí, en los últimos años se ha desarrollado mucho.

GREGOR.—En los que crecen es donde se ve mejor cómo uno envejece. ¿Cuántos años hace que están ustedes casados?

GINA.—Hace que nos casamos... sí, quince años.

GREGOR.—¿Tanto tiempo?

GINA.—(*Le mira con atención.*) Sí, tanto tiempo.

HJALMAR.—Así es. Dentro de unos meses, quince años.
(*Calculando.*) Para ti, allá arriba, habrán sido muy largos.

GREGOR.—Mientras pasaban eran largos. Ahora apenas si sé adónde se ha ido el tiempo.

EKDAL.—(*Sale de su habitación sin pipa y con su antigua gorra de uniforme en la cabeza; su paso es algo inseguro.*) Bien, Hjalmar; ahora podemos sentarnos y hablar de eso...; ¡hum! ¿Quién es ese?

HJALMAR.—(*Yendo a su encuentro.*) Aquí tienes a... Gregor Werle. ¿Te acuerdas de él?

EKDAL.—(*Viendo a Gregor que se ha levantado.*) ¿Werle? ¿El hijo? ¿Qué quiere de mí?

HJALMAR.—Nada, viene a verme a mí.

EKDAL.—¿De modo que no ocurre nada de particular?

HJALMAR.—No, claro que no.

EKDAL.—(*Levantando un brazo.*) No es eso, ¿sabes? ¡No tengo miedo, pero...!

GREGOR.—(*Yendo hacia él.*) Quería saludarle en nombre de sus antiguos cazadores, señor Ekdal.

EKDAL.—¿Los cazadores?

GREGOR.—Sí, allá arriba en los alrededores de las minas.

EKDAL.—¡Allá arriba! Aquellos sitios los conocía yo bien antes, en efecto.

GREGOR.—Era usted un gran cazador.

EKDAL.—Sí que lo era. Es posible que lo haya sido. ¿Mira usted a la gorra? No necesito permiso de nadie para ponérmela en casa. Con tal de que no salga con ella a la calle... (*Hedwig trae un plato de rebanadas de pan con manteca, que coloca sobre la mesa.*)

HJALMAR.—Siéntate, papá, y bebe un vaso de cerveza. Haz el favor, Gregor. (*Ekdal se va murmurando y andando a trompicones hacia el sofá. Gregor se sienta en una silla a su lado y Hjalmar al otro lado de Gregor. Gina está sentada cosiendo al otro lado de la mesa; Hedwig está de pie junto a su padre.*)

GREGOR.—¿Se acuerda usted, señor Ekdal, de cuando Hjalmar y yo íbamos allá arriba a visitarle en el verano y por Navidad?

EKDAL.—¿Era usted? No, no; de eso ya no sé nada. Pero puedo decir que he sido un cazador terrible; hasta osos he matado nueve.

GREGOR.—(*Le mira con simpatía.*) ¿Y ahora ya no caza usted nunca?

EKDAL.—No puede decirse eso, amiguito. Cazo a veces. Bueno, sabe usted, no como se caza en el bosque..., el bosque..., el bosque... (*Bebe.*) ¿Está muy hermoso el bosque allá arriba?

GREGOR.—No tanto como en los tiempos de usted. Han cortado mucho.

EKDAL.—¿Cortar? (*En voz baja y con miedo.*) Eso es peligroso. Tiene malas consecuencias. En el bosque vive la venganza.

HJALMAR.—(*Llenándole el vaso.*) Bebe otro poco, padre.

GREGOR.—¿Cómo puede un hombre como usted..., un hombre de aire libre, vivir en esta ciénaga de la ciudad, encerrado entre cuatro paredes?

EKDAL.—(*Sonriendo y mirando de soslayo a Hjalmar.*) ¡Oh, aquí no se pasa tan mal, no!

GREGOR.—¿Pero y todas las cosas en medio de las que usted se ha formado? ¿El aire fresco, la vida libre en el bosque y en la

montaña, con la caza y los pájaros?...

EKDAL.—(*Sonriendo.*) Hjalmar, ¿se lo enseñamos?

HJALMAR.—(*Rápidamente y un poco confuso.*) No, padre, no; esta noche no.

GREGOR.—¿Qué quiere enseñarme?

HJALMAR.—Es solo... Otra vez podrás verlo.

GREGOR.—(*Continúa dirigiéndose al viejo.*) Yo creo, señor Ekdal, que debía usted venirse conmigo allá arriba, pues yo volveré pronto. Algo que escribir hay también allí. Aquí no tiene usted nada que pueda refrescarle y alegrarle.

EKDAL.—(*Mirándole asombrado.*) ¿Que no tengo nada que...?

GREGOR.—Sí, tiene usted a Hjalmar; pero Hjalmar tiene a los suyos. Y un hombre como usted, a quien atrae todo lo libre y silvestre...

EKDAL.—(*Dando una palmada en la mesa.*) Ahora tiene que verlo, Hjalmar.

HJALMAR.—Pero, padre, ¿vale la pena ahora? ¡Si está oscuro!

EKDAL.—¡Tonterías!... Hay luna. (*Se levanta.*) ¡Tiene que verlo, te digo! Ven y ayúdame, Hjalmar.

HEDWIG.—¡Oh, hazlo, papá!

HJALMAR.—(*Levantándose.*) ¡Sí, sí; por mí!...

GINA.—No vaya usted a creer que es algo de particular.

(*Ekdal y Hjalmar corren cada uno una mitad de la puerta; Hedwig ayuda al viejo; Gregor está en pie al lado del sofá, y Gina sigue cosiendo tranquilamente. Por la abertura de la puerta se ve un gran desván, largo e irregular, con un par de chimeneas. Por algunos tragaluces brilla sobre algunos puntos la clara luz de la luna; otros están envueltos en densas sombras.*)

EKDAL.—(*A Gregor.*) Tiene usted que acercarse mucho.

GREGOR.—(*Yendo hacia él.*) Pero ¿de qué se trata?

EKDAL.—Puede usted verlo.

HJALMAR.—(*Algo confuso.*) Eso son cosas de mi padre, ¿sabes?

GREGOR.—(*En la puerta, mirando al desván.*) Pero ¿tiene usted gallinas, señor Ekdal?

EKDAL.—¡Claro que tenemos gallinas! Ahora duermen en lo alto; pero quisiera que las viese usted a la luz del día.

HEDWIG.—Y, además, hay...

EKDAL.—¡Chist! ¡Chist! ¡No lo digas todavía!

GREGOR.—¿Y palomas también tiene usted?

EKDAL.—¡Oh, sí! Es posible que tengamos palomas. Tienen sus nidos en el tejado, pues las palomas prefieren vivir en lo alto.

GREGOR.—Pero no son todas palomas comunes.

EKDAL.—¡Naturalmente que no son comunes! Tenemos mensajeras y un par de varias clases. ¡Pero venga usted acá! ¿Ve usted allá, en la pared, aquel cajón de madera?

GREGOR.—Sí. ¿Para qué lo destina usted?

EKDAL.—¡Allí están por la noche los conejos, amiguito!

GREGOR.—¿También tiene usted conejos?

EKDAL.—¡Claro que sí, qué demonio! ¡Ya podía usted figurarse que teníamos conejos! ¿Oyes, Hjalmar? ¡Pregunta si tenemos conejos!... ¡Pero ahora viene lo bueno; verá usted, ahora viene! ¡Quítate, Hedwig! Póngase usted aquí. ¡Así, eso es! Y mire usted allí... ¿No ve usted un cesto lleno de paja?

GREGOR.—Sí, y veo que dentro de él hay un pájaro.

EKDAL.—¡Hum!... ¡Un pájaro!...

GREGOR.—¿No es un pato?

EKDAL.—(*Ofendido.*) ¡Naturalmente que es un pato!

HJALMAR.—Pero ¿qué clase de pato crees tú que es?

HEDWIG.—No es ningún pato corriente.

EKDAL.—¡Chist!

GREGOR.—Un pato turco tampoco lo es.

EKDAL.—No, señor... Werle; no es un pato turco, sino un pato silvestre.

GREGOR.—¡Cómo! ¿Es realmente un pato silvestre?

EKDAL.—Sí que lo es. ¡«El pájaro», como usted lo llama, es el pato silvestre, nuestro pato silvestre, amiguito!

HEDWIG.—¡Mi pato silvestre, porque es mío!

GREGOR.—¿Y puede vivir aquí, en el desván? ¿Y desarrollarse?

EKDAL.—Ya puede usted figurarse que tiene una tina con agua, en la que puede zambullirse.

HJALMAR.—Agua fresca cada dos días.

GINA.—(*Dirigiéndose a Hjalmar.*) ¡Pero, querido Ekdal, aquí hace mucho frío!...

EKDAL.—¡Hum!... Entonces vamos a cerrar. No vale la pena de interrumpirle el sueño. Coge aquí, Hedwig. (*Hjalmar y Hedwig corren las hojas de la puerta.*) Otra vez podrá usted verlo con más detención. (*Sentándose en la butaca de al lado de la estufa.*) ¡Oh, los patos silvestres son unos bichos curiosos; puede usted creerlo!

GREGOR.—Pero ¿cómo lo atrapó usted?

EKDAL.—No lo he cogido yo, sino que lo debo a una cierta persona de esta ciudad.

GREGOR.—(*Un poco vacilante.*) ¿No será mi padre esa persona?

EKDAL.—Sí, precisamente su padre de usted... ¡Hum!...

HJALMAR.—¡Es curioso que lo hayas adivinado, Gregor!

GREGOR.—Antes contaste que se lo debías todo a mi padre, y por eso...

GINA.—Pero el pato no nos lo dio el señor Werle mismo.

EKDAL.—Sin embargo, el pato tenemos que agradecerse a Hagen Werle. (*A Gregor.*) Salió en bote y le tiró, ¿sabe usted? Pero su padre ve muy mal ahora, y no lo mató.

GREGOR.—No le metería más que un par de perdigones en el cuerpo.

HJALMAR.—Sí, dos o tres.

HEDWIG.—Le dio en las alas, y por eso no pudo volar.

GREGOR.—Entonces se calaría a fondo.

EKDAL.—(*Adormecido, con la lengua trabada.*) Los conozco. Siempre hacen lo mismo los patos silvestres: se sumergen en el fondo todo lo que pueden, amiguito; se agarran a todo lo que pueden, algas y todo lo que encuentran allá abajo, y ya no vuelven a subir a la superficie.

GREGOR.—Pero, señor Ekdal, su pato volvió a subir.

EKDAL.—Su padre tiene un perro indomable... Este perro se sumergió detrás del pato, y lo sacó.

GREGOR.—(*A Hjalmar.*) ¿Y así vino a parar a vosotros?

HJALMAR.—No inmediatamente. Primero se lo llevó tu padre a casa; pero allí no prosperaba, y Pettersen recibió la orden de matarlo.

EKDAL.—(*Medio dormido.*) ¡Hum!... ¡Pettersen..., el majadero!...

HJALMAR.—(*Más bajo.*) Así ocurrió que vino a nosotros. Papá conoce a Pettersen, y al oír la historia del pato, pidió que se lo dejara.

GREGOR.—¿Y allá adentro en el desván marcha bien?

HJALMAR.—Increíblemente bien; ha engordado. ¡Bueno, lleva tanto tiempo aquí, que ya ha olvidado la vida libre, y esa es la cosa!

GREGOR.—En eso tienes razón, sin duda, Hjalmar. No le dejes que vuelva a ver mar y cielo... Pero voy a marcharme porque me parece que tu padre duerme.

HJALMAR.—¡Oh!, por eso...

GREGOR.—Pero oye. Decías que tenías una habitación para alquilar... que estaba libre.

HJALMAR.—Sí. Pero ¿por qué lo preguntas? ¿Sabes acaso de alguien?

GREGOR.—¿Podría yo tomar la habitación?

HJALMAR.—¿Tú?

GINA.—Pero, usted, señor Werle...

HJALMAR.—Con el mayor placer.

GINA.—Pero, señor Werle, iesa no es una habitación para usted!

HJALMAR.—¿Cómo puedes decir eso, Gina?

GINA.—Porque la habitación no es bastante grande ni bastante clara, y porque...

GREGOR.—¡Oh!, eso no importa gran cosa.

HJALMAR.—Yo creo que es una habitación muy agradable, y que de ningún modo está mal amueblada.

GINA.—Pero, piensa en los dos que viven debajo.

GREGOR.—¿Qué dos?

GINA.—¡Oh!, uno que ha sido profesor particular...

HJALMAR.—Se llama Molvig.

GINA.—Y un doctor Relling.

GREGOR.—¿Relling? A ese le conozco un poco. Estuvo algún tiempo practicando arriba en las minas.

GINA.—Son un par de calaveras. Muchas veces vuelven tarde por la noche, y no siempre están...

GREGOR.—A eso se acostumbra uno pronto. Espero que me ocurrirá lo que al pato.

GINA.—No sé; creo que debería usted pensarlo esta noche.

GREGOR.—¿No quiere usted tenerme en su casa, señora Ekdal?

GINA.—¡Dios me libre! ¿Cómo puede usted pensar...?

HJALMAR.—Realmente es muy extraño de tu parte, Gina. (*A Gregor.*) Pero dime, ¿es que piensas quedarte por de pronto aquí en la ciudad?

GREGOR.—(*Poniéndose el abrigo.*) Sí, pienso quedarme aquí.

HJALMAR.—Pero ¿no en casa de tu padre? ¿Qué es lo que quieres hacer entonces?

GREGOR.—¡Oh, si yo mismo lo supiera! Entonces no estaría mal. Pero cuando se tiene la desgracia de llamarse Gregor... Gregor..., y además Werle; ¿has oído alguna vez un nombre tan feo?

HJALMAR.—No me parece tan mal.

GREGOR.—¡Uf! Me gustaría escupir a quien se llamase así. Pero ya que uno tiene la desdicha de ser Gregor... Werle, aquí en la tierra, como yo lo soy...

HJALMAR.—(*Riendo.*) Si no fueses Gregor Werle, ¿qué quisieras ser?

GREGOR.—Si pudiese elegir, preferiría ser un perro muy listo.

GINA.—¿Un perro?

HEDWIG.—(*Involuntariamente.*) ¡Oh, no!

GREGOR.—Sí, un perro extraordinariamente listo; un perro que bajara detrás de los patos silvestres cuando se sumergen y se agarran a las algas del fondo.

HJALMAR.—Te confieso, Gregor, que no entiendo una palabra de eso.

GREGOR.—Tampoco vale mucho la pena. De modo que hasta mañana por la mañana, que vendré a vivir con vosotros. (*A Gina.*) No le daré incomodidad ninguna, lo hago todo yo mismo. (*A Hjalmar.*) De lo demás ya trataremos mañana. Buenas noches, señora Ekdal. (*A Hedwig.*) Buenas noches.

GINA.—¡Buenas noches, señor Werle!

HEDWIG.—Buenas noches.

HJALMAR.—(*Que ha encendido una luz.*) Aguarda, voy a alumbrarte, porque la escalera estará de seguro oscura. (*Él y Gregor salen por la puerta del pasillo.*)

GINA.—(*Pensativa.*) ¡Qué ocurrencia la de querer ser un perro!

HEDWIG.—Yo creo que quería decir otra cosa.

GINA.—¿Qué podría ser?

HEDWIG.—No lo sé; pero era como si pensase otra cosa distinta de la que decía... todo el tiempo.

GINA.—¿Crees? Sí, era extraño.

HJALMAR.—(*De vuelta.*) El quinqué arde todavía. (*Lo apaga y lo posa.*) Por fin puede uno comer algo. (*Empieza a comer rebanadas de pan.*) Ya ves, Gina, cuando uno se toma el trabajo...

GINA.—¿Cómo trabajo?

HJALMAR.—Es una suerte que al fin hayamos alquilado la habitación. Y luego, a un hombre como Gregor, a un amigo antiguo tan bueno.

GINA.—Está bien, y, sin embargo, no sé qué pensar de ello.

HEDWIG.—¡Oh, mamá!, ya verás cómo todo se arregla bien.

HJALMAR.—Eres extraña, Gina; primero estabas tan entusiasmada con la idea de alquilar la habitación, y ahora no quieres.

GINA.—Sí, Ekdal, si hubiese sido otro... Pero ¿qué va a decir el padre?

HJALMAR.—¿El viejo Werle? No le importa nada.

GINA.—Pero ya puedes figurarte que algo ha ocurrido entre ellos, puesto que el hijo se va de la casa. Ya sabes cómo están el uno con el otro.

HJALMAR.—Es posible, pero...

GINA.—Y ahora es posible que el viejo crea que tú has intervenido...

HJALMAR.—¡Puede creer lo que quiera! Werle ha hecho mucho por mí, eso lo reconozco. Pero por eso no voy a depender de él eternamente.

GINA.—Pero, querido Ekdal, podría ocurrir que tuviese que pagarlo el abuelo; podría perder lo poco que gana con Groberg.

HJALMAR.—Casi estoy por decir... ¡Ojalá sea así! ¿No es bastante humillante para mí ver a su padre mendigando trabajo? Pero pronto llegará mi hora. (*Coge otra rebanada de pan.*) Yo cumpliré la misión que me he impuesto.

HEDWIG.—¡Oh, sí, papá, hazlo!

GINA.—¡Silencio, no le despiertes!

HJALMAR.—(*Bajando la voz.*) La cumpliré digo. Llegará el día en que..., y por eso está bien que se haya alquilado la habitación; así me pongo en una situación independiente. Y un hombre que tiene una misión que cumplir, necesita ser independiente. (*Hacia la butaca, conmovido.*) Mi pobre anciano padre, apóyate en tu Hjalmar; él tiene anchos hombros, o fuertes al menos...; un día despertarás y... (*A Gina.*) ¿Es que acaso no lo crees?

GINA.—(*Levantándose.*) Claro que sí; pero ¡primero déjanos meterlo en la cama!

HJALMAR.—¡Adelante! (*Cogen al viejo con cuidado.*)

ACTO TERCERO

En el estudio de Hjalmar Ekdal. Es por la mañana; la luz del día entra por la gran ventana del techo inclinado; la cortina está corrida. Hjalmar está sentado a la mesa, ocupado en retocar una fotografía. Al poco tiempo entra Gina, con el abrigo y el sombrero puestos, por la puerta del pasillo, con una cesta debajo del brazo.

HJALMAR.—¿Ya estás de vuelta, Gina?

GINA.—¡Oh, sí, hay que andar a escape! *(Posa la cesta sobre una silla y se quita el abrigo y el sombrero.)*

HJALMAR.—¿Has visto lo que hace Gregor?

GINA.—Sí, entré a verlo. Está muy bien; lo ha puesto todo muy limpio, hasta donde ha podido.

HJALMAR.—¿Cómo?

GINA.—Decía que quería hacérselo todo. Quiso encender la estufa, y echó la tapa de modo que toda la habitación se llenó de humo; un olor como para...

HJALMAR.—¡No es posible!

GINA.—¡Pero ahora viene lo mejor! Entonces se le ocurrió apagar la lumbre, y va y vierte en la estufa todo el agua de lavarse, de modo que la habitación parece un establo.

HJALMAR.—¡Pero eso es atroz!

GINA.—He mandado a la portera que subiese para limpiar la pocilga, pero hasta esta tarde no estará aquello habitable.

HJALMAR.—¿Dónde se ha ido entretanto?

GINA.—Me dijo que iba a dar una vuelta.

HJALMAR.—Yo estuve también un momento en su habitación..., después de salir tú...

GINA.—Ya lo vi. ¿Le has convidado a desayunarse?

HJALMAR.—Nada más que un desayuno modesto, ¿sabes? Es el primer día; no podemos hacer otra cosa. Tú tienes siempre algo en casa.

GINA.—Tendré que encontrar algo.

HJALMAR.—Pero que no sea demasiado escaso, porque creo que Relling y Molvig subirán también. Encontré a Relling en la escalera, ¿sabes?, y tuve que...

GINA.—¿De modo que esos dos también?

HJALMAR.—¡Señor, un par más o menos poco importa!

EKDAL.—(*Abre la puerta de su habitación y mira adentro.*) Oye, Hjalmar... (*Viendo a Gina.*) ¡Ah!...

GINA.—¿Quieres algo, abuelo?

EKDAL.—¡No, no! Está bien. (*Desaparece.*)

GINA.—(*Coge la cesta.*) Ten cuidado de que no salga.

HJALMAR.—No tengas miedo... Oye, Gina, un poco de ensalada de arenques estaría bien; Relling y Molvig la han corrido esta noche...

GINA.—Si me dejan tiempo...

HJALMAR.—Sí, sí, tienes tiempo bastante.

GINA.—Bien; entretanto, tú puedes trabajar algo todavía.

HJALMAR.—Ya estoy sentado trabajando. Ya trabajo todo cuanto puedo.

GINA.—Porque así quedas libre de eso. *(Se va con la cesta a la cocina.)*

(Hjalmar se sienta y da unas pinceladas en la fotografía; trabaja con pereza y de mala gana.)

EKDAL.—*(Asoma la cabeza, mira por el estudio y dice en voz baja.)* ¿Tienes que hacer?

HJALMAR.—Sí, aquí estoy trabajando en estos retratos.

EKDAL.—¡No, Dios me libre, si tienes prisa...! ¡Hum!... *(Se vuelve a su habitación. La puerta queda abierta.)*

HJALMAR.—*(Continúa un rato trabajando tranquilamente; luego tira el pincel y va hacia la puerta.)* ¿Tienes que hacer, padre?

EKDAL.—*(Murmura dentro.)* ¡Si tú tienes que hacer, yo también!... ¡Hum!...

HJALMAR.—¡Sí, sí, tengo que hacer! *(Vuelve a ponerse a trabajar.)*

EKDAL.—*(Vuelve enseguida a la puerta.)* ¡Hum!..., ¿sabes, Hjalmar?..., tanta prisa no la tengo.

HJALMAR.—Creí que estabas escribiendo.

EKDAL.—¡Qué demonios!... ¿No puede esperarse Groberg uno o dos días? No creo que sea cuestión de vida o muerte.

HJALMAR.—No, y tú no eres ningún esclavo.

EKDAL.—¡Y luego lo de allá adentro...!

HJALMAR.—Es verdad. ¿Quieres entrar acaso? ¿Te abro?

EKDAL.—No estaría mal.

HJALMAR.—Así quedaría terminado.

EKDAL.—Claro. Tiene que estar para mañana por la mañana. ¿No es mañana el cumpleaños?

HJALMAR.—Sí, mañana es.

(Corren cada uno una hoja de la puerta. El sol de la mañana entra adentro; algunas palomas vuelan aquí y allá, otras se arrullan en los travesaños; las gallinas cloquean, refugiadas en el fondo.)

HJALMAR.—Entra entonces, papá.

EKDAL.—*(Entrando.)* ¿No vienes tú?

HJALMAR.—Sí, ¿sabes?; casi creo... *(Ve a Gina en la puerta de la cocina.)* ¿Yo? No, no tengo tiempo; tengo que trabajar... Pongamos esto en orden. *(Tira de un cordel, y baja una cortina, cuya parte inferior es una tira de lienzo, y el resto un trozo de red de pescar; con eso no se ve el suelo del desván.)*

HJALMAR.—*(Yendo hacia la mesa.)* Bien, ahora podré estar un momento tranquilo.

GINA.—¿Ha entrado allá adentro a hacer arreglos?

HJALMAR.—¿Sería mejor que bajase a casa de la señora Eriksen? *(Sentándose.)* ¿Quieres algo? Decías...

GINA.—Quería preguntarte si podemos poner aquí la mesa para el desayuno.

HJALMAR.—Sí. Tan temprano no vendrá nadie.

GINA.—No, no espero más que a los novios, que quieren hacerse un retrato juntos.

HJALMAR.—¡Vaya con los novios! ¿No podrían retratarse otro día?

GINA.—No, querido Ekdal; les he dicho que vinieran esta tarde, a la hora en que tú duermes.

HJALMAR.—Entonces está bien. Comeremos aquí.

GINA.—Pero no hay prisa de poner la mesa; puedes continuar un rato todavía.

HJALMAR.—Me parece que estoy aquí y que trabajo todo lo posible.

GINA.—Luego estás libre, en cambio. *(Se vuelve a la cocina. Pausa corta.)*

EKDAL.—*(En la puerta del desván, por detrás de la red.)* ¡Hjalmar!

HJALMAR.—¿Qué quieres?

EKDAL.—Temo que haya que poner más allá la tina del agua.

HJALMAR.—Eso lo he dicho yo desde el principio.

EKDAL.—¡Hum!..., ihum!..., ihum!... *(Se aparta de la puerta. Hjalmar trabaja un poco, mira de soslayo al desván y se incorpora a medias. Hedwig entra de la cocina.)*

HJALMAR.—*(Volviendo a sentarse apresuradamente.)* ¿Qué buscas aquí?

HEDWIG.—Quería verte, papá.

HJALMAR.—Vienes a ver lo que pasa aquí. ¿Quieres acaso vigilarme?

HEDWIG.—¡Oh, no, de ningún modo!

HJALMAR.—¿Qué hace tu madre?

HEDWIG.—Mamá está arreglando la ensalada de arenques. *(Yendo hacia la mesa.)* ¿No podría ayudarte un poco, papá?

HJALMAR.—No. Es mejor que lo haga yo todo solo..., mientras mis fuerzas alcancen... No tengas cuidado, Hedwig, con tal de que tu padre conserve la salud.

HEDWIG.—No hables así, papá. *(Da unas vueltas por el estudio, se para en la puerta del desván y mira hacia adentro.)*

HJALMAR.—¿Qué está haciendo ahora?

HEDWIG.—Debe ser un nuevo camino para la tina.

HJALMAR.—Solo no acabará nunca, y yo tengo que trabajar aquí.

HEDWIG.—Déjame el pincel, papá; yo puedo hacerlo.

HJALMAR.—No, no; te estropearás los ojos.

HEDWIG.—No lo creas. Dame el pincel.

HJALMAR.—(*Levantándose.*) No durará más que uno o dos minutos.

HEDWIG.—Entonces eso no puede hacerme daño. (*Cogiendo el pincel.*) Mira, así. Y aquí tengo uno que me puede servir de modelo.

HJALMAR.—¡Pero que no te haga daño a la vista! Yo no puedo hacerme responsable de eso; tienes que tomar sobre ti la responsabilidad...

HEDWIG.—(*Retocando.*) Sí, anda; yo la tomo.

HJALMAR.—Eres muy lista, Hedwig. Nada más que unos minutos, ¿sabes? (*Se introduce por la cortina en el desván. Hedwig trabaja. Se oye a Hjalmar y a Ekdal hablar dentro.*)

HJALMAR.—(*Detrás de la red.*) Hedwig, hazme el favor, dame las tenazas que están sobre el estante y el martillo. (*Volviéndose hacia adentro.*) Y ahora vas a ver, papá. Déjame que primero te explique lo que quiero hacer. (*Hedwig ha cogido los dos instrumentos del armario y se los da.*) Muy bien, gracias. Está bien que haya venido. (*Se separa de la puerta y se les oye martillear y hablar dentro. Hedwig queda en la puerta y les mira. Al poco tiempo llaman a la puerta del pasillo, pero no oye.*)

GREGOR.—(*Descubierto y sin abrigo entra y se para en la puerta.*) ¡Ejem!

HEDWIG.—(*Volviéndose y yendo a su encuentro.*) Buenos días. Tenga usted la bondad de pasar.

GREGOR.—Gracias. (*Mirando hacia el desván.*) Parece que tienen ustedes trabajadores.

HEDWIG.—No; son papá y el abuelo. Voy a decirles que está usted aquí.

GREGOR.—No, no; no les diga usted nada; prefiero esperar un poco. (*Se sienta en el sofá.*)

HEDWIG.—Esto está muy desordenado. (*Quiere quitar las fotografías.*)

GREGOR.—¡Oh!, deje usted. ¿Son retratos que hay que terminar?

HEDWIG.—Sí, una cosa en que tenía que ayudar a papá.

GREGOR.—Por mí no deje usted de trabajar.

HEDWIG.—¡Oh, no! (*Coloca las cosas en su sitio y se sienta a trabajar; entretanto Gregor la contempla en silencio.*)

GREGOR.—¿Ha dormido bien esta noche el pato?

HEDWIG.—Gracias. Supongo que sí.

GREGOR.—(*Vuelto hacia el desván.*) A la luz del día tiene otro aspecto que anoche a la claridad de la luna.

HEDWIG.—Sí, cambia mucho. Por la mañana es muy distinto de por la tarde, y cuando llueve, muy distinto de cuando hace buen tiempo.

GREGOR.—¿Se ha fijado usted en eso?

HEDWIG.—Pero eso se ve sin fijarse.

GREGOR.—¿Le gusta a usted estar allá adentro con el pato?

HEDWIG.—Sí; cuando puedo...

GREGOR.—Pero no tendrá mucho tiempo. Usted irá de seguro al colegio.

HEDWIG.—Ahora ya no; papá tiene miedo que me haga daño a la vista.

GREGOR.—¿Entonces la enseñará a usted él mismo?

HEDWIG.—Me lo prometió, pero hasta ahora no ha encontrado tiempo para hacerlo.

GREGOR.—¿No podría ayudarla a usted algún otro?

HEDWIG.—Sí, Molvig; pero ese no está siempre..., bien..., vamos...

GREGOR.—¿Está borracho con frecuencia?

HEDWIG.—Desgraciadamente, sí.

GREGOR.—Entonces tiene usted tiempo para todo. Y allá adentro aquello será un mundo para usted, ¿verdad?

HEDWIG.—Un mundo especial, sí. Y hay cosas muy curiosas allá adentro.

GREGOR.—¿De veras?

HEDWIG.—Hay grandes armarios con libros, y en esos libros, estampas.

GREGOR.—¡Ajá!

HEDWIG.—Y un gran armario con cajoncitos y tapas y un gran reloj con figuras que pueden salir afuera. Pero el reloj no anda.

GREGOR.—¿De modo que el tiempo se ha pasado allá adentro en el reino del pato silvestre?

HEDWIG.—Sí. Y luego hay más armarios y cosas semejantes; pero lo mejor son los libros.

GREGOR.—¿Y en los libros leerá usted?

HEDWIG.—¡Oh!, si puedo, sí; solo que la mayor parte están en inglés y no los entiendo. Pero miro los grabados...; sobre todo, hay un libro grande, que se llama *Harrison's History of London*, que tendrá lo menos cien años de fecha, y en ese hay muchísimos grabados. El primero es la muerte con un reloj de arena y una muchacha, y ese me parece feo; pero luego vienen iglesias, palacios, calles y grandes barcos que navegan por el mar.

GREGOR.—Pero ¿de dónde han sacado todas esas cosas tan extrañas?

HEDWIG.—En otro tiempo vivió aquí un viejo capitán de barco, que es quien las ha traído. La gente lo llamaba «el holandés errante»; y eso es bastante cómico, porque el capitán no era holandés.

GREGOR.—¿No?

HEDWIG.—No. Últimamente desapareció y todo ha quedado como en su tiempo.

GREGOR.—Pero diga usted, ¿cuando mira allá adentro esos grabados, no siente usted deseos de irse a conocer todo ese mundo inmenso?

HEDWIG.—¡Oh, no! Yo quiero quedarme siempre en casa ayudando a papá y a mamá.

GREGOR.—A hacer fotografías, ¿verdad?

HEDWIG.—No solo eso. Lo que más me gustaría sería hacer grabados como los de los libros ingleses.

GREGOR.—¿Y qué dice de eso su padre?

HEDWIG.—No creo que lo desee. ¡En estas cosas es tan particular! ¡Figúrese usted que habla de que debo aprender a tejer cestos! ¿Verdad que esto no puede ser?

GREGOR.—A mí también me parece que no.

HEDWIG.—Pero en una cosa tiene razón papá: si hubiese aprendido a tejer cestos habría podido hacer el nuevo cesto para el pato.

GREGOR.—Es verdad, y usted era la más interesada en ello.

HEDWIG.—Claro, el pato es mío.

GREGOR.—Eso es.

HEDWIG.—Sí, sí que me pertenece. Pero papá y el abuelo pueden cogerlo siempre que quieran.

GREGOR.—¿Sí? ¿Para qué lo quieren?

HEDWIG.—Se entretienen con él y le hacen cosas.

GREGOR.—Claro está; el pato silvestre es lo más importante que hay ahí adentro.

HEDWIG.—Naturalmente, porque es un verdadero pájaro silvestre. Y, sin embargo, es digno de compasión; no tiene nadie a quien

juntarse el pobre.

GREGOR.—No tiene familia, como los conejos...

HEDWIG.—O como las gallinas, que también estaban juntas de pequeñas. Pero él está separado de todos los suyos..., y luego es todo tan misterioso en el pato. Nadie le conoce, nadie sabe de dónde viene...

GREGOR.—Y ha estado en lo profundo del mar.

HEDWIG.—(*Le mira rápidamente, y contiene una sonrisa.*) ¿Por qué dice usted en lo profundo del mar?

GREGOR.—¿Qué quería usted que dijera?

HEDWIG.—Podía usted haber dicho en el fondo del mar o en las profundidades del mar.

GREGOR.—¿No es lo mismo en lo profundo del mar?

HEDWIG.—Sí; pero me suena tan extrañamente cuando otros dicen en lo profundo del mar.

GREGOR.—¿Por qué? Dígame usted por qué.

HEDWIG.—No, no quisiera decirlo; es una tontería.

GREGOR.—¡Oh, de seguro que no! Dígame usted por qué se sonreía.

HEDWIG.—Porque siempre que así, de una vez, de pronto, pienso en lo de allá adentro, me parece que la habitación y todo ello se llama «lo profundo del mar». Pero eso es una tontería.

GREGOR.—No lo diga usted.

HEDWIG.—Si no es más que un desván.

GREGOR.—¿Está usted tan cierta?

(*Hedwig calla y le mira con la boca abierta. Gina entra de la cocina con el mantel.*)

GREGOR.—(*Levantándose.*) He venido demasiado temprano, ¿verdad?

GINA.—En alguna parte tenía usted que meterse; y pronto estará listo... Despeja la mesa, Hedwig. (*Hedwig despeja la mesa, y durante lo siguiente, ella y Hedwig la van poniendo. Gregor se sienta en la butaca y se pone a hojear un álbum.*)

GREGOR.—Parece que sabe usted retocar, señora Ekdal.

GINA.—(*Mirándole de soslayo.*) Sí que sé.

GREGOR.—Fue una coincidencia feliz.

GINA.—¿Cómo coincidencia feliz?

GREGOR.—Quiero decir el que Hjalmar se hiciera fotógrafo.

HEDWIG.—Mamá sabe también hacer fotografías.

GINA.—¡Oh!, he tenido ocasión bastante de aprender el oficio.

GREGOR.—¿De modo que es usted la verdadera directora del negocio?

GINA.—Sí, cuando Ekdal no tiene tiempo.

GREGOR.—Ya puedo figurarme que estará muy ocupado con su padre.

GINA.—Y además no es cosa para un hombre como Ekdal hacer retratos de cualquiera.

GREGOR.—Eso me parece a mí también; pero puesto que ha elegido ese camino...

GINA.—No puede usted figurarse que Ekdal es un retratista corriente.

GREGOR.—¡Dios me libre! Pero... (*En el desván se oye un tiro; dando un salto.*) ¿Qué es eso?

GINA.—Vaya, ya vuelven a tirar tiros.

GREGOR.—Pero ¿andan a tiros también?

HEDWIG.—Sí, van de caza.

GREGOR.—¿Qué caza? (*Hacia la puerta del desván.*) ¿Estás de caza, Hjalmar?

HJALMAR.—(*Detrás de la red.*) ¿Estás ahí? No lo sabía; estaba tan ocupado... (*A Hedwig.*) Y tú, que no dices nada... (*Entra en el estudio.*)

GREGOR.—¿Andas a tiros en el desván?

HJALMAR.—(*Mostrando una pistola de dos cañones.*) Pero nada más que con esto.

GINA.—Sí, tú y el abuelo haréis un día una desgracia con vuestra *pintola*.

HJALMAR.—(*Incomodado.*) Creo haberte dicho que un arma como esta se llama *pistola*.

GINA.—Bueno, no por eso es mejor.

GREGOR.—¿De modo que te has hecho cazador, Hjalmar?

HJALMAR.—Alguna vez que otra tiro a los conejos. Ya puedes figurarte que principalmente a causa de papá.

GINA.—Los hombres son tan particulares; siempre tienen que tener algo con que *distriese*.

HJALMAR.—Sí, siempre tenemos que tener algo para *distraernos*.

GINA.—Bueno, es lo mismo.

HJALMAR.—Sí, sí... (*A Gregor.*) Y luego el desván está tan bien situado, que nadie puede oír los tiros. (*Pone la pistola en la última tabla del estante.*) ¡No toques la pistola, Hedwig! ¡Uno de los cañones está cargado, no lo olvides!

GREGOR.—(*Mirando por entre la red al desván.*) También veo que tienes una escopeta.

HJALMAR.—Es la vieja escopeta de papá. No se puede tirar con ella porque tiene los gatillos estropeados. Pero es divertido tenerla, y

podemos desarmarla, limpiarla, untarla de grasa y volver a armarla... Papá es quien principalmente hace eso.

HEDWIG.—(*A Gregor.*) Ahora precisamente puede usted ver el pato silvestre.

GREGOR.—Lo estoy mirando. Una de las alas parece que está algo caída.

HJALMAR.—No es extraño. Recibió un tiro en ella.

GREGOR.—Y luego creo que cojea un poco, ¿no es verdad?

HJALMAR.—Un poco puede que sí.

HEDWIG.—Es que el perro le ha mordido en una pata.

HJALMAR.—Pero, aparte de eso, no tiene falta ni defecto alguno, y es realmente asombroso para un pájaro a quien se ha metido un cartucho de perdigones en el cuerpo y que ha estado entre los dientes de un perro.

GREGOR.—(*Con una mirada a Hedwig.*) Y que ha estado tanto tiempo en lo profundo del mar.

HEDWIG.—(*Sonriendo.*) Es verdad.

GINA.—(*Arreglando la mesa.*) ¡El buen pato!...

HJALMAR.—¿Estará puesta la mesa pronto?

GINA.—Sí, enseguida. Hedwig, ven a ayudarme. (*Se van las dos a la cocina.*)

HJALMAR.—(*A media voz.*) Vale más no estar aquí mirando lo que hace papá; no le gusta. (*Gregor se separa de la puerta.*) Lo mejor será cerrar antes de que los otros vengan. (*Espantando con las manos.*) ¡Chist! ¡Chist! ¡Fuera de aquí! (*Mientras habla sube la cortina y cierra la puerta.*) Todas estas combinaciones son invención mía. Es divertido tener una cosa así, ponerla en orden y arreglarla cuando se descompone. Además, es necesario, porque Gina no quiere ver las gallinas y los conejos en el estudio.

GREGOR.—¡Claro está! ¿Y es tu mujer la que dirige en realidad el negocio?

HJALMAR.—En general, dejo a su cargo los asuntos corrientes; así puedo, de cuando en cuando, irme a la sala para pensar en cosas que son más importantes.

GREGOR.—¿Qué cosas son esas, Hjalmar?

HJALMAR.—Me asombra que no lo hayas preguntado ya antes. ¿O es que no has oído hablar de mi invento?

GREGOR.—¿Invento? No.

HJALMAR.—¿De veras? ¿Todavía no? ¡Claro está, allá arriba, en los bosques y en las soledades...!

GREGOR.—¿De modo que has hecho un invento?

HJALMAR.—No del todo aún; pero estoy en ello. Ya puedes figurarte que cuando me decidí a sacrificarme por la fotografía no fue para estarme aquí sentado tranquilamente haciendo retratos de gentes ordinarias.

GREGOR.—Eso decía ahora mismo tu mujer.

HJALMAR.—Me juré que ya que iba a consagrar mis fuerzas a este invento, quería elevarlo de tal modo que se convirtiese en un arte y en una ciencia. Y así, resolví hacer el maravilloso invento.

GREGOR.—¿Y qué invento es ese? ¿Para qué sirve?

HJALMAR.—Querido amigo, no debes preguntarme detalles. Eso requiere tiempo, ¿sabes? Y luego no pienses que es la vanidad lo que me impulsa. No trabajo por mí; es la misión que me he impuesto la que tengo día y noche ante mis ojos.

GREGOR.—¿Qué misión?

HJALMAR.—¿Has olvidado al anciano de cabello plateado?

GREGOR.—¿A tu padre? Pero ¿qué puedes hacer por él?

HJALMAR.—Quiero resucitar en él la propia estimación, que está muerta, haciendo famoso el apellido Ekdal.

GREGOR.—¿Esa es la misión que te has impuesto?

HJALMAR.—Sí, quiero salvar al náufrago del naufragio que sufrió cuando la tempestad se desencadenó sobre él. Ya durante la instrucción del sumario no era el mismo. Aquella pistola con que ahora tiramos a los conejos ha tenido un papel en la historia de los Ekdal.

GREGOR.—¿La pistola?

HJALMAR.—Cuando se leyó la sentencia y tenía que ir a la cárcel..., cogió la pistola...

GREGOR.—¿De veras?

HJALMAR.—Sí; pero no pudo... Fue cobarde. Tan caído estaba, tan flaca su alma ya entonces... ¿Puedes entenderlo? Él, un soldado, que había matado dos osos, y que descende de dos tenientes coroneles..., naturalmente, uno tras otro... ¿Puedes entender esto, Gregor?

GREGOR.—¡Oh, lo comprendo muy bien!

HJALMAR.—Yo no... Y la pistola intervino por segunda vez en la historia de los Ekdal. Cuando le vi con el traje gris y encerrado en la celda, ¡oh, fueron tiempos terribles, puedes creérmelo!... Había echado las cortinas de mis dos ventanas. Cuando miré afuera, el sol brillaba como de ordinario. No pude comprenderlo. Vi que los hombres iban por la calle, que reían y hablaban de cosas fútiles. No lo comprendí. Me parecía que la Creación entera debía callarse como en un eclipse de Sol.

GREGOR.—Pensaste también en...

HJALMAR.—¡Sí!

GREGOR.—Pero no disparaste.

HJALMAR.—No; en el momento decisivo obtuve la victoria sobre mí mismo. Me quedé en la vida. Pero, puedes creerme, se

necesitaba valor para haber elegido la vida en aquellas circunstancias.

GREGOR.—¡Oh, según se mire!...

HJALMAR.—¡No, en absoluto! Pero fue lo mejor, porque así haré pronto el invento. Y el doctor Relling piensa, como yo, que entonces podré obtener autorización para que mi padre vuelva a ponerse el uniforme. Exigiré eso como mi única recompensa.

GREGOR.—¿De modo que el uniforme que...?

HJALMAR.—Sí, eso es lo que principalmente desea. ¡No puedes figurarte cómo me desgarran el corazón!... Cada vez que celebramos una pequeña fiesta de familia..., el aniversario de nuestra boda, u otras por el estilo, aparece el viejo, con su uniforme de teniente de los buenos días; pero tan pronto llama alguien a la puerta (porque, como sabes, no puede mostrarse ante extraños), corre a su habitación todo lo aprisa que permiten sus viejas piernas. ¡Ver esto es horrible para un hijo!...

GREGOR.—¿Y cuándo crees que estará terminado tu invento, poco más o menos?

HJALMAR.—¡Oh!, ¿cómo puedes pedir detalles como el tiempo? Un invento es una cosa en la que no se es completamente dueño de sí mismo. Además, depende principalmente de la inspiración..., y es casi imposible calcular de antemano cuándo se presentará.

GREGOR.—¿Pero marcha adelante?

HJALMAR.—Claro que marcha. Todos los días me atormento con el invento de que estoy poseído. Por las tardes, después de comer, me encierro en mi cuarto para meditar con tranquilidad. Pero no hay que forzarse, no sirve de nada; Relling piensa también lo mismo.

GREGOR.—¿Y no crees que todas esas cosas del desván te distraen demasiado?

HJALMAR.—No, no; al contrario. No digas eso. No puedo estar eternamente preocupado con los mismos pensamientos fatigosos.

Necesito algo para los intervalos de espera. La inspiración, ¿sabes?, si viene, viene a pesar de todo.

GREGOR.—Casi estoy por creer que hay en ti algo del pato silvestre, querido Hjalmar.

HJALMAR.—¿En qué sentido del pato silvestre?

GREGOR.—Te has sumergido y te has agarrado a las plantas del fondo.

HJALMAR.—¿Te refieres al tiro casi mortal que mi padre recibió en las alas y yo no?

GREGOR.—¡No a eso! No quiero decir que estés herido; pero has caído en un pantano ponzoñoso. Una enfermedad se ha deslizado en tu cuerpo y has descendido al fondo para morir en la oscuridad.

HJALMAR.—¿Yo? ¡Morir en la oscuridad! ¿Sabes, Gregor, que harías bien en no usar tales palabras?

GREGOR.—Estate tranquilo; yo haré por levantarte. Yo también tengo una misión que cumplir desde ayer.

HJALMAR.—Es posible; pero a mí debías dejarme tranquilo. Puedo asegurarte que, aparte de mi melancolía, fácilmente explicable, me encuentro todo lo bien que puede desearse.

GREGOR.—Que eso sea así viene también de la ponzoña.

HJALMAR.—No, no, mi buen Gregor. No me hables de enfermedades y ponzoña; no estoy acostumbrado a semejante lenguaje. En mi casa no se me habla nunca de cosas tan desagradables.

GREGOR.—Eso ya me lo figuraba.

HJALMAR.—No me sienta bien. Además, aquí no hay ningún aire pantanoso, como tú dices. La casa del pobre fotógrafo, ya lo sé, tiene un techo bajo..., y vivo modestamente; pero soy un inventor y el sustento de mi familia. ¡Eso me eleva sobre la pequeñez de las circunstancias!... ¡Oh!, ahí traen el desayuno.

(Gina y Hedwig entran con botellas de cerveza, una garrafa de aguardiente, vasos y otros utensilios. Al mismo tiempo entran por la puerta del pasillo Relling y Molvig, ambos sin sombrero y sin abrigo. Molvig va vestido de negro.)

GINA.—*(Poniendo las cosas en la mesa.)* ¡Oh!, vienen ustedes a tiempo.

RELLING.—Molvig creyó percibir olor de ensalada de arenques, y no hubo manera de contenerle... Buenos días, otra vez, Ekdal.

HJALMAR.—Gregor, voy a presentaros. El señor Molvig. El doctor Relling..., ya le conoces.

GREGOR.—Sí, un poco.

RELLING.—¡Ah!, es el señor Werle hijo. Sí, nos hemos peleado allá arriba alguna vez. ¿Se ha venido usted a vivir aquí?

GREGOR.—Esta mañana.

RELLING.—Debajo de usted vivimos Molvig y yo. Tiene usted cerca médico y predicador, caso de que los necesitare.

GREGOR.—Gracias; podría ocurrir, pues ayer éramos trece a la mesa.

HJALMAR.—¡Ah!, déjate esas historias tristes.

RELLING.—Puedes oírlo tranquilamente; a ti no te toca, felizmente.

HJALMAR.—Lo espero por mi familia. Pero vamos, sentémonos, comamos, bebamos y alegrémonos.

GREGOR.—¿No esperamos a tu padre?

HJALMAR.—No, quiere que le llevemos lo suyo después allá adentro.

(Los hombres se sientan a la mesa, comen y beben; Gina y Hedwig sirven.)

RELLING.—Ayer a Molvig le flaqueaban las piernas, señora Ekdal.

GINA.—¿Otra vez?

RELLING.—¿No le oyó usted cuando vine con él por la noche?

GINA.—No, no oí nada.

RELLING.—Mejor, porque esta noche estaba realmente horrible.

GINA.—¿Es verdad, Molvig?

MOLVIG.—Corramos un velo sobre los acontecimientos de esta noche. Porque esas cosas no tienen nada que ver con la parte mejor de mi *yo*.

RELLING.—(*A Gregor.*) Viene sobre él como una inspiración, y entonces tengo que ir con él a correrla. Porque Molvig es satánico.

GREGOR.—¿Satánico?

RELLING.—Molvig es satánico, sí.

GREGOR.—¡Hum!...

RELLING.—Y naturalezas satánicas no están hechas para ir por el mundo por un camino derecho; de cuando en cuando tienen que tomar una senda extraviada. ¿Y usted sigue siempre allá arriba en las minas negras y feas?

GREGOR.—Hasta ahora, sí.

RELLING.—¿Y ha cobrado usted los créditos que andaba usted presentando a la gente?

GREGOR.—¿Créditos? (*Haciéndose cargo.*) ¡Ah, ya!

HJALMAR.—¿Cobrabas créditos, Gregor?

GREGOR.—¡Son tonterías!

RELLING.—Claro que sí. Andaba de cabaña en cabaña, y presentaba unas cosas que llamaba exigencias ideales.

GREGOR.—Entonces era muy joven.

RELLING.—En eso tiene usted razón; era usted muy joven, y nunca en el tiempo en que yo estuve allí vi que cobrase usted sus

créditos ideales.

GREGOR.—Más tarde tampoco.

RELLING.—Ya puedo figurarme que se habrá hecho usted prudente y habrá rebajado algo de la cantidad.

GREGOR.—Nunca, cuando me encuentro con un hombre verdaderamente tal.

HJALMAR.—Sí, eso está bien...; un poco de manteca, Gina.

RELLING.—Y luego un trozo de tocino para Molvig.

MOLVIG.—¡Horror! Nada de tocino.

(Llaman a la puerta del desván.)

HJALMAR.—Abre, Hedwig. El abuelo quiere entrar.

(Hedwig va a la puerta y la entreabre un poco. Ekdal entra con una piel fresca de conejo; Hedwig cierra tras él.)

EKDAL.—Buenos días, señores. He hecho buena caza hoy; he matado uno «grande».

HJALMAR.—Y lo has despellejado sin avisarme.

EKDAL.—Y lo he salado también. Es buena carne y tierna la de conejo, y además dulce; sabe como azúcar. Buen provecho, señores.
(Entra en su habitación.)

MOLVIG.—*(Levantándose.)* Perdonen ustedes..., no puedo..., tengo que bajar enseguida. *(Se marcha a toda prisa.)*

RELLING.—*(Llamándole.)* Bebe soda, amigo. *(A Hjalmar.)* Bebamos una copa a la salud del viejo cazador.

HJALMAR.—*(Brindando con él.)* Por el hombre activo, que está al borde de la tumba.

RELLING.—Por la cabeza gris. *(Bebiendo.)* Pero, dime, ¿el pelo es gris o blanco?

HJALMAR.—Una cosa intermedia, y además no le queda ya mucho.

RELLING.—¡Oh!, con pelo postizo se puede vivir también; eres un hombre feliz, Ekdal; tienes esa misión a que consagrarte.

HJALMAR.—Y me consagro a ella, puedes creérmelo.

RELLING.—Y tienes una mujer hacendosa y dispuesta que se mueve tan suavemente con sus zapatillas, y te cuida como una madre.

HJALMAR.—Sí, Gina. (*Mirándola con reconocimiento.*) Eres una buena compañera de mi vida.

GINA.—¡Oh!, déjate de contar historias sobre mí.

RELLING.—¿Y tu Hedwig, Ekdal?

HJALMAR.—¡Oh, sí, la niña...; eso ante todo! Hedwig, ven aquí. (*La acaricia la cabellera.*) ¿Qué día es mañana?

HEDWIG.—(*Sacudiéndole.*) ¡Oh, no, no digas nada, papá!

HJALMAR.—Se me desgarran el corazón cuando pienso en que será tan poco; nada más que un poco de decoración de fiesta en el desván.

HEDWIG.—Pero ¡si eso es tan hermoso!...

RELLING.—Espera a que venga el gran invento y verás, Hedwig.

HJALMAR.—Sí, entonces verás, Hedwig. Estoy decidido a asegurar tu porvenir. Habrás de pasarlo bien mientras vivas; quiero hacer algo por ti, lo que sea; esa sería la única recompensa del pobre inventor.

HEDWIG.—(*Murmurándole al oído.*) ¡Oh, querido padre mío!

RELLING.—(*A Gregor.*) ¿Qué, no encuentra usted muy bien, por cambiar, sentarse una vez en una mesa bien servida, con una familia feliz?

HJALMAR.—Sí; estas horas pasadas en la mesa tienen para mí el mayor valor.

GREGOR.—Por mi parte yo no puedo vivir en un aire pantanoso.

RELLING.—¿Aire pantanoso?

HJALMAR.—¡Oh!, no vengas otra vez con esas tonterías.

GINA.—Aquí, bien sabe Dios, no hay ningún aire pantanoso, pues lo ventilo bien todos los días.

GREGOR.—(*Levantándose.*) El hedor a que yo me refiero no lo podrá usted hacer desaparecer con su ventilación.

HJALMAR.—¿Hedor?

GINA.—¿Qué dices a eso, Ekdal?

RELLING.—Perdone usted... ¿No será usted mismo el que traiga ese hedor de allá arriba de las minas?

GREGOR.—Sería digno de usted llamar hedor a lo que yo traigo a esta casa.

RELLING.—(*Yendo hacia él.*) Oiga usted, señor Werle hijo, tengo vivas sospechas de que anda usted todavía con sus exigencias ideales en el bolsillo de atrás.

GREGOR.—Las traigo en el pecho.

RELLING.—Lo que es que, tráigalas usted donde las traiga, no le aconsejo que pretenda usted presentarlas mientras yo esté aquí.

GREGOR.—¿Y si lo hiciera?

RELLING.—Pues bajaría usted rodando las escaleras. Ya lo sabe.

HJALMAR.—(*Poniéndose en pie.*) ¡Pero Relling!...

GREGOR.—Sí; écheme usted de aquí.

GINA.—(*Poniéndose en medio de ellos.*) No haga usted eso, Relling; pero una cosa quiero decirle a usted, señor Werle; usted que ensució de tal modo la estufa, no debe venir aquí a hablar de hedor.

(*Llaman a la puerta del pasillo.*)

HEDWIG.—Mamá, llaman.

HJALMAR.—Vaya, ahora tendremos al fin a la clientela.

GINA.—Déjame ver... (*Abre la puerta y retrocede espantada.*)
¡Jesús! (*Werle, con un gabán de pieles, da un paso adelante.*)

WERLE.—Perdónenme; pero parece que mi hijo vive aquí.

GINA.—(*Con voz entrecortada.*) Sí.

HJALMAR.—(*Acercándose.*) ¿Tiene usted la bondad de pasar, señor Werle?

WERLE.—Gracias; solo quería hablar con mi hijo.

GREGOR.—¿Qué pasa? Aquí estoy.

WERLE.—Desearía que hablásemos en tu habitación.

GREGOR.—¿En mi habitación? Bien... (*Va a irse.*)

GINA.—No, su habitación no está en estado de...

WERLE.—Bueno, entonces en el pasillo; deseo que hablemos a solas.

HJALMAR.—Eso puede usted hacerlo aquí, señor Werle. Ven allá adentro, Relling.

(*Hjalmar y Relling salen por la derecha; Gina y Hedwig se van a la cocina.*)

GREGOR.—(*Tras una pausa corta.*) Ya estamos solos.

WERLE.—Ayer tarde soltaste ciertas expresiones, y como te has venido a vivir a casa de Ekdal, casi creo que intentas algo contra mí.

GREGOR.—Tengo la intención de abrir los ojos a Hjalmar Ekdal; quiero que vea su situación tal cual es; nada más que eso.

WERLE.—¿Es esa la misión de que hablabas ayer?

GREGOR.—Sí; no me has dejado otra.

WERLE.—¿Es que acaso he pervertido tu ánimo?

GREGOR.—Toda mi vida has pervertido. No me refiero a las cosas que ocurrieron con mamá; pero solo a ti tengo que agradecer el andar perseguido y atormentado por una conciencia cargada de culpas.

WERLE.—¡Ajá! ¿De modo que es la conciencia lo que no anda bien?

GREGOR.—Entonces, cuando se pusieron los lazos en que cayó el teniente Ekdal, debí haberme pronunciado contra ti. Debí haberte avisado, pues adivinaba en lo que iba a parar.

WERLE.—Sí; entonces hubieras debido hablar.

GREGOR.—No me atreví. ¡Tan cobarde y medroso era! Tenía un miedo terrible de ti entonces, y... mucho tiempo después.

WERLE.—Ahora parece que ha pasado el miedo.

GREGOR.—Afortunadamente. Lo que entonces se hizo contra el viejo Ekdal por mí... y por otros, no puede remediarse. Pero puedo librar a Hjalmar, puedo librarlo de lo de la mentira y secreto que está a punto de arruinarle.

WERLE.—¿Crees que así realizas una buena acción?

GREGOR.—Estoy seguro de ello.

WERLE.—¿De modo que crees que Ekdal es hombre de agradecer tales servicios de amistad?

GREGOR.—Sí que lo es.

WERLE.—¡Hum!... Ya lo veremos.

GREGOR.—Y, además... Si he de seguir viviendo, tengo que tratar de curar mi conciencia enferma.

WERLE.—La conciencia no se curará nunca; tu conciencia está enferma desde que eres niño. Es herencia de tu madre, Gregor; lo único que te ha legado.

GREGOR.—(*Con sonrisa irónica.*) ¿Todavía no has olvidado que te equivocaste creyendo que tenía un capital cuando te casaste con

ella?

WERLE.—No tratemos de cosas que no tienen que ver con el asunto. ¿Sigues decidido a poner a Ekdal sobre la pista que te parece verdadera?

GREGOR.—Sí; estoy decidido.

WERLE.—Entonces pude haberme ahorrado la visita, porque es inútil preguntarte si estás dispuesto a volver a casa.

GREGOR.—No.

WERLE.—Bien; pero como tengo la intención de contraer un nuevo matrimonio, se repartirá entre los dos la herencia.

GREGOR.—(*Rápidamente.*) Eso no lo deseo.

WERLE.—¿No lo deseas?

GREGOR.—No. Mi conciencia no me permite hacerlo.

WERLE.—(*Inmediatamente.*) ¿Vuelves allá arriba?

GREGOR.—No; me considero como separado de tu servicio.

WERLE.—Pero ¿a qué quieres dedicarte?

GREGOR.—A cumplir mi misión; nada más.

WERLE.—¿Y después? ¿De qué vas a vivir?

GREGOR.—He ahorrado algo de mi sueldo.

WERLE.—¿Cuánto tiempo podrá durar eso?

GREGOR.—Todo el que necesito.

WERLE.—¿Qué quieres decir?

GREGOR.—Ya no respondo más.

WERLE.—Entonces que te vaya bien, Gregor.

GREGOR.—Adiós. (*Werle sale.*)

HJALMAR.—(*Asomándose.*) ¿Ya se fue?

GREGOR.—Sí.

(Hjalmar y Relling entran de la sala, y Gina y Hedwig de la cocina.)

RELLING.—La comida se nos ha aguada.

GREGOR.—Vístete, Hjalmar; quiero que demos un paseo largo.

HJALMAR.—Con mucho gusto. ¿Qué quería tu padre? ¿Se trataba de mí?

GREGOR.—Ven, tenemos que hablar los dos. Voy a mi cuarto a ponerme el abrigo. *(Sale por la puerta del pasillo.)*

GINA.—No debías ir con él, Ekdal.

RELLING.—No, no vayas; quédate.

HJALMAR.—*(Cogiendo el sombrero y el abrigo.)* ¡Cómo! Si un amigo de la juventud siente la necesidad de descubrirme a solas su corazón...

RELLING.—¡Vete al diablo! ¿Pero no ves que está loco, desquiciado, desconcertado?

GINA.—Ya lo oyes; su madre también tenía a veces esos raptos físicos.

HJALMAR.—Tanto más necesita del ojo vigilante de un amigo. *(A Gina.)* Que la comida esté a la hora. Hasta luego. *(Sale.)*

RELLING.—Es realmente una desgracia que no haya quedado sepultado en una de las minas.

GINA.—¡Jesús! ¿Por qué dice usted eso?

RELLING.—*(Murmurando.)* Tengo mis sospechas.

GINA.—¿Cree usted que está realmente loco el joven Werle?

RELLING.—Desgraciadamente, no está más loco que la mayoría de la gente. Pero una enfermedad sí la tiene.

GINA.—¿Qué le pasa?

RELLING.—Voy a decírselo a usted. Tiene una fiebre aguda de justicia.

GINA.—¿Fiebre de justicia?

HEDWIG.—¿Es eso una enfermedad?

RELLING.—Sí, es una enfermedad nacional, pero solo se presenta esporádicamente. *(A Gina.)* Muchas gracias. *(Sale por la puerta del pasillo.)*

GINA.—*(Pasea intranquila arriba y abajo.)* Ese Gregor Werle... siempre ha sido un aguafiestas.

HEDWIG.—*(De pie junto a la mesa y mirándola fijamente.)* Todo esto me parece muy extraño.

ACTO CUARTO

En el estudio de Hjalmar Ekdal. Acaba de hacerse una fotografía. Una máquina cubierta con un paño, un trípode y un par de sillas, una mesa y cosas análogas, en el primer término. Luz de la tarde; el sol está poniéndose; un poco más tarde empieza a oscurecer. Gina en la puerta del pasillo, que está abierta, con una caja y una placa húmeda, habla con alguien que está afuera.

GINA.—Sí, de fijo; cuando prometo algo lo cumplo; el lunes estará lista la primera docena. Adiós, adiós.

(Se oye que alguien baja la escalera. Gina cierra la puerta, mete la placa en la caja y la coloca en la máquina cubierta con el paño.)

HEDWIG.—*(Sale de la cocina.)* ¿Se fueron?

GINA.—*(Arreglando el estudio.)* ¡Gracias a Dios que los he despachado!

HEDWIG.—Pero ¿puedes comprender que papá no haya vuelto todavía a casa?

GINA.—¿Estás segura de que no está abajo con Relling?

HEDWIG.—No, abajo no está. Hace un momento que bajé a preguntar por la escalera de atrás.

GINA.—Y la comida le está aguardando y se enfría.

HEDWIG.—Sí, y papá que tiene siempre tanto cuidado de estar a tiempo en casa a la hora de comer.

GINA.—Ya verás como viene enseguida.

HEDWIG.—Si viene. Me parece tan extraño todo lo que pasa.

GINA.—Ahí está. (*Hjalmar entra.*)

HEDWIG.—(*Yendo a su encuentro.*) Cuánto te hemos esperado, papá.

GINA.—(*Mirándole de soslayo.*) ¡Estuviste mucho tiempo fuera, Ekdal!

HJALMAR.—(*Sin mirarla.*) Sí, un poco de tiempo. (*Se quita el abrigo. Gina y Hedwig quieren ayudarlo, pero él las rechaza.*)

GINA.—¿Has comido acaso con Werle?

HJALMAR.—(*Colgando su abrigo.*) No.

GINA.—(*Yendo hacia la puerta de la cocina.*) Entonces traeré la comida.

HJALMAR.—No, deja la comida; no quiero comer.

HEDWIG.—(*Acercándosele.*) ¿No te sientes bien, papá?

HJALMAR.—Sí, bastante bien. Gregor y yo dimos un paseo fatigoso.

GINA.—No debías haberlo hecho, Ekdal. No estás acostumbrado.

HJALMAR.—¡Hum!... Hay muchas cosas en el mundo a que hay que acostumbrarse. (*Pasea agitado.*) ¿Ha estado aquí alguien mientras yo estuve fuera?

GINA.—Nada más que los novios.

HJALMAR.—¿No ha habido ningún nuevo encargo?

GINA.—No, hoy no.

HEDWIG.—Ya verás, papá, como mañana vendrá alguien.

HJALMAR.—¡Ojalá sea así!, pues mañana pienso ponerme a ello seriamente.

HEDWIG.—¡Mañana! ¿No te acuerdas de lo que es mañana?

HJALMAR.—Es verdad. Bien, entonces pasado mañana. Desde pasado mañana quiero hacerlo todo por mí mismo. Quiero ocuparme yo solo del trabajo.

GINA.—Pero ¿a qué conduce eso, Ekdal? No harías más que amargarte la vida. Yo me encargo de la fotografía y tú puedes dedicarte a tu invento.

HEDWIG.—Y además el pato, papá, y las gallinas y los conejos y...

HJALMAR.—No me hables de esas tonterías. Desde mañana no volveré a poner el pie en el desván.

HEDWIG.—Pero, papá, si me prometiste para mañana la fiesta.

HJALMAR.—Es verdad. Bueno, pues desde pasado mañana. Al maldito pato quisiera retorcerle el cuello.

HEDWIG.—(*Grita.*) ¡Al pato!

GINA.—No he oído nunca nada semejante.

HEDWIG.—(*Sacudiéndole.*) Pero, papá, si es mi pato.

HJALMAR.—Por eso no lo hago. No tengo corazón para hacerlo..., no lo tengo por ti. Pero lo siento en lo profundo que debía hacerlo. No debía tolerar bajo mi techo ningún ser que hubiese estado en *esas* manos.

GINA.—Pero, Señor, ¡por qué el abuelo lo recibió de ese sucio de Pettersen!

HJALMAR.—(*Pasea lleno de agitación.*) Hay ciertas exigencias..., ¿cómo las llamaría?..., digamos las exigencias ideales, de que el hombre no puede prescindir sin daño de su alma.

HEDWIG.—(*Siguiéndole.*) Pero, piensa en el pato, el pobre pato.

HJALMAR.—(*Parándose.*) Ya oyes que lo perdono... por ti. No se le tocará una pluma... Ya he dicho que lo perdonaba. Hay misiones más importantes que esa que cumplir. Pero debías salir como todos los días. Precisamente la luz es buena para ti en esta hora.

HEDWIG.—No, ahora no tengo gana.

HJALMAR.—Sí, hazlo; se te cierran los ojos; estos olores no te convienen; el aire que aquí se respira es pesado.

HEDWIG.—Bien; entonces me voy por la escalera de atrás y salgo a dar un paseo. ¿Y mi sombrero y mi abrigo? ¡Ah!, están en mi cuarto. Papá, no le hagas nada al pato mientras yo estoy fuera.

HJALMAR.—No se le quitará ni una pluma. (*Apretándola contra sí.*) ¡Tú y yo, Hedwig! ¡Nosotros dos! Ya puedes irte. (*Les saluda y sale por la puerta del pasillo. Paseando sin levantar la vista.*) ¡Gina!

GINA.—¿Qué?

HJALMAR.—Desde mañana, o, bueno, digamos desde pasado mañana, voy a encargarme de las cuentas.

GINA.—¿También quieres llevar las cuentas?

HJALMAR.—Por lo menos, quiero conocer los ingresos.

GINA.—¡Oh, eso es bien fácil!

HJALMAR.—Apenas si es creíble; me parece que te dura demasiado el dinero que ingresas. (*Se para y la mira.*) ¿Cómo es eso?

GINA.—Eso es porque Hedwig y yo necesitamos muy poco.

HJALMAR.—¿Es verdad que los trabajos de papá en casa de Werle se pagan tanto?

GINA.—No sé si es mucho; no conozco el precio de esas cosas.

HJALMAR.—Pero dime, ¿cuánto viene a ganar aproximadamente?

GINA.—Varía bastante. Poco más o menos, será lo que nos cuesta, y, además, un poco de dinero para el bolsillo.

HJALMAR.—¿Lo que nos cuesta? ¿Y no me lo has dicho nunca?

GINA.—No, eso no podía decírtelo. ¡Estabas tan contento creyendo que todo te lo debía a ti!...

HJALMAR.—¿De modo que se lo debo a Werle?

GINA.—¡Bah, Werle tiene bastante para eso!

HJALMAR.—Enciende el quinqué.

GINA.—(*Lo enciende.*) Además, no puede saberse si es de Werle mismo; también podía ser de Groberg.

HJALMAR.—¿A qué viene esa salida ahora?

GINA.—No sé; pensaba...

HJALMAR.—Sí, sí...

GINA.—No he sido yo quien le ha buscado ese trabajo al abuelo. Fue Berta Sörby quien lo hizo cuando entró en la casa.

HJALMAR.—Me parece que te tiembla la voz.

GINA.—(*Poniendo la pantalla sobre el quinqué.*) ¿Sí?

HJALMAR.—Tus manos tiemblan también. ¿O no tengo razón?

GINA.—(*Con firmeza.*) Dilo con franqueza, Ekdal; ¿qué es lo que te ha contado de mí?

HJALMAR.—¿Es verdad..., puede ser verdad... que entre Werle y tú había algo cuando tú estuviste en su casa?

GINA.—No es verdad; entonces, no. El señor Werle me perseguía, sí, eso no puedo negarlo, y la señora creyó que había algo; de aquí el escándalo. Me injurió y me pegó, y por eso salí de la casa.

HJALMAR.—¿De modo que después...?

GINA.—Sí, me fui a casa con mi madre, que no era lo que tú creías, Ekdal, y empezó a decirme esto y aquello, porque entonces ya estaba viudo Werle.

HJALMAR.—¿Qué más?

GINA.—Lo mejor es que lo sepas todo. Werle no cejó hasta que consiguió lo que quería.

HJALMAR.—(*Se lleva las manos a la cabeza.*) ¡Y eso lo ha hecho la madre de mi hija!... ¿Cómo pudiste callarme tal cosa?

GINA.—Estuvo mal hecho de mi parte. Debí habértelo dicho hace mucho tiempo.

HJALMAR.—Inmediatamente debiste decírmelo; así, hubiera sabido lo que tú eras.

GINA.—Pero entonces, ¿te hubieras casado conmigo?

HJALMAR.—¿Cómo puedes pensarlo?

GINA.—Pues precisamente por eso no podía decirte nada. Te estimaba infinitamente, como sabes, y no iba a hacerme desgraciada a mí misma.

HJALMAR.—(*Paseando.*) ¡Y esa es la madre de Hedwig!... ¡Y saber que todo lo que tengo aquí ante mi vista (*Dando un puntapié a una silla*), todo mi hogar, tengo que agradecerlo a un antecesor favorecido!... ¡Oh, ese seductor de Werle!...

GINA.—¿Te arrepientes de los catorce o quince años que hemos vivido juntos?

HJALMAR.—(*Poniéndose ante ella.*) Dime, ¿no te ha remordido todos los días, a todas horas, la tela de mentiras en que me has envuelto como una araña? ¡Contéstame! ¿No te ha remordido constantemente la conciencia?

GINA.—¡Oh, querido Ekdal, he tenido bastante que hacer con pensar en la casa y en el trabajo diario!

HJALMAR.—¿De modo que no arrojabas nunca una ojeada investigadora a tu pasado?

GINA.—No; te aseguro que casi había olvidado esas intrigas viejas.

HJALMAR.—¡Oh, esta tranquilidad fría!... ¡Eso solo ya basta para exasperarme! ¡Figurarse..., ni siquiera remordimiento!...

GINA.—Pero dime, Ekdal, ¿qué hubiese sido de ti si no hubieses encontrado una mujer como yo?

HJALMAR.—¿Una mujer?...

GINA.—Sí, pues yo he sido mucho más constante y dispuesta que tú. Bueno, no tiene nada de particular; tengo dos años más.

HJALMAR.—¿Lo que hubiera sido de mí?

GINA.—Cuando me conociste andabas en malos pasos, no me lo negarás.

HJALMAR.—¿A eso llamas andar en malos pasos? ¡Oh!, no comprendes lo que le pasa a un hombre que está triste y desesperado, sobre todo a un hombre con mi carácter ardiente.

GINA.—Puede ser y no quiero discutirlo, pues tan pronto como tuvimos nuestra casa, fuiste un marido bueno y formal. ¡Y ahora lo teníamos todo tan bien y tan cómodo! Y Hedwig y yo íbamos a empezar a gastar menos en comida y vestidos para nosotras.

HJALMAR.—Sí; en el pantano de la mentira.

GINA.—¡Oh, que ese hombre antipático haya caído aquí!

HJALMAR.—También yo me encontraba bien en nuestra casa. Pero me equivocaba. Y ahora, ¿de dónde sacaré la fuerza necesaria para dar a mi invento carne de realidad? Acaso morirá conmigo, y entonces, Gina, será tu pasado quien lo ha matado.

GINA.—(*Casi llorando.*) No me digas eso, Ekdal. A mí, que toda mi vida he buscado lo mejor para ti.

HJALMAR.—Y me pregunto, ¿qué se hace de mi sueño, de ser el sustento de mi familia? Cuando estaba allá adentro en el sofá y meditaba sobre el invento, adivinaba ya que consumiría mis últimas fuerzas. Sentía que el día en que tuviese en mis manos la patente, que ese día sería el último para mí. Y entonces soñaba en verte como la viuda del inventor famoso.

GINA.—(*Secándose las lágrimas.*) No hables así, Ekdal; que Dios no permita que me vea un día viuda.

HJALMAR.—Es lo mismo. Ahora se ha acabado todo, todo.

(*Gregor Werle abre con precaución la puerta del pasillo y asoma la cabeza.*)

GREGOR.—¿Se puede entrar?

HJALMAR.—Sí, pasa.

GREGOR.—(*Entra con la cara luciente de satisfacción y va a estrecharles las manos.*) ¡Queridos amigos míos!... (*Murmura por lo bajo a Hjalmar.*) ¿Todavía no?

HJALMAR.—(*En alta voz.*) Ya está hecho.

GREGOR.—¿De veras?

HJALMAR.—Sí; he pasado la hora más amarga de mi vida.

GREGOR.—Pero también creo que la más sublime.

HJALMAR.—Al menos ha pasado ya.

GINA.—Dios le perdone, señor Werle.

GREGOR.—(*Todo admirado.*) Pero no comprendo...

HJALMAR.—¿Qué es lo que no comprendes?

GREGOR.—Una explicación como esa; una explicación que debía ser la base de una nueva vida; una convivencia en verdad y sin secreto alguno.

HJALMAR.—Sí, ya lo sé; lo sé muy bien.

GREGOR.—Yo me había figurado que al abrir esa puerta, un nimbo de santidad brillaría alrededor de vuestras cabezas. Y no veo más que esta sombría pesada, triste...

GINA.—Bueno; quitaré la pantalla. (*Lo hace.*)

GREGOR.—No quiere usted entenderme. Será preciso que pase algún tiempo para usted. Pero tú, Hjalmar, tú debías sentirte

transfigurado después de esta explicación.

HJALMAR.—Sí, claro que lo estoy; es decir, así en cierto modo.

GREGOR.—Pues nada hay en el mundo que pueda ser comparado al acto de perdonar a un pecador y elevarlo en amor hacia sí.

HJALMAR.—¿Crees que un hombre puede tragar tan fácilmente la pócima amarga que yo acabo de tomar?

GREGOR.—Un hombre corriente, no; pero un hombre como tú...

HJALMAR.—¡Oh, Señor!, ya lo sé; pero no me apures, ¿sabes?; eso requiere tiempo.

GREGOR.—Tienes mucho del pato silvestre en ti, Hjalmar.

RELLING.—(*Ha entrado por la puerta del pasillo.*) ¿Qué, ya vuelve usted a hablar del pato silvestre?

HJALMAR.—Sí; de la pieza cobrada por Werle y herida en las alas.

RELLING.—¿De Werle? ¿Habláis de él?

HJALMAR.—De él y de nosotros todos.

RELLING.—(*A media voz a Gregor.*) ¡Que el demonio le lleve a usted!

HJALMAR.—¿Qué dices?

RELLING.—No hacía más que exponer el íntimo deseo de mi corazón, de que el charlatán este se vaya lo más pronto posible. Si se queda aquí es capaz de acabar con vosotros dos.

GREGOR.—Eso no ocurrirá, señor Relling. No hablemos de Hjalmar; ya le conocemos. Pero también ella tiene, sin duda, en el fondo de su ser algo puro y firme.

GINA.—(*Llorosa.*) ¿Por qué no me ha dejado usted como estaba?

RELLING.—¿Se le puede preguntar a usted qué es lo que busca en esta casa?

GREGOR.—Quiero poner la base de una vida conyugal verdadera.

RELLING.—¿De manera que no le parece a usted que el matrimonio Ekdal está bastante bien tal como está?

GREGOR.—Es un matrimonio tan bueno como otros muchos. Pero un verdadero matrimonio no lo es.

HJALMAR.—Tú nunca has tenido comprensión para las exigencias ideales, Relling.

RELLING.—Eso son tonterías, querido. Perdone usted, señor Werle, ¿cuántos, poco más o menos, cuántos verdaderos matrimonios ha conocido usted ya?

GREGOR.—Creo que ninguno.

RELLING.—Yo tampoco.

GREGOR.—Pero conozco innumerables matrimonios del género opuesto, y he tenido ocasión de observar de muy cerca el daño que un matrimonio semejante puede producir.

HJALMAR.—Toda la base moral de un hombre está podrida; eso es terrible.

RELLING.—Yo no he sido nunca casado, y por eso no puedo juzgar sobre esas cosas. Pero lo que sí sé es que los hijos pertenecen al matrimonio, y a los hijos hay que dejarlos en paz.

HJALMAR.—¡Oh, Hedwig; mi pobre Hedwig!

RELLING.—Tienes que procurar que Hedwig no sepa nada de esto. Vosotros dos sois mayores de edad; podéis, pues, pelearos si queréis y hacer experimentos con vuestra situación; pero advierto que seáis prudentes con Hedwig; muy fácilmente podéis hacerla infeliz.

HJALMAR.—¿Infeliz?

RELLING.—Sí; ella misma podía hacerse infeliz y, quizás, a otros consigo.

GINA.—Pero ¿cómo puede usted saber eso, Relling?

HJALMAR.—¿Es que habría peligro para su vista?

RELLING.—Esto no tiene nada que ver con los ojos; pero Hedwig está en una edad peligrosa y puede ocurrirle fácilmente una desgracia.

GINA.—Sí, es verdad; ya empieza. Juega a veces en la cocina con el fuego de una manera... A veces tengo miedo de que quiera quemar la casa.

RELLING.—¿Ve usted? Ya lo sabía yo.

GREGOR.—(*A Relling.*) ¿Pero cómo se explica usted esas cosas?

RELLING.—(*Secamente.*) Está en el momento de cambiar la voz.

HJALMAR.—Mientras la niña me tenga a mí... Mientras yo aliente... (*Llaman a la puerta. Berta Sörby, con traje de calle, entra.*)

SEÑORA SÖRBY.—Buenas noches.

GINA.—(*Yendo a su encuentro.*) ¿Eres tú, Berta?

SEÑORA SÖRBY.—Soy yo; pero es posible que llegue en mala ocasión.

HJALMAR.—De ningún modo. Una persona que viene de la casa...

SEÑORA SÖRBY.—(*A Gina.*) Si he de decir la verdad, no creía encontrar aquí a estos señores. Por eso vine para charlar un poco contigo y decirte adiós.

GINA.—¡Cómo! ¿Te vas?

SEÑORA SÖRBY.—Sí; mañana por la mañana. Hacia Hochtal. El señor Werle se ha marchado esta tarde. (*A Gregor.*) Muchos recuerdos suyos.

GINA.—¡Qué dices!

HJALMAR.—De manera que el señor Werle se ha marchado y usted se va también...

SEÑORA SÖRBY.—Sí. ¿Qué le parece, Ekdal?

HJALMAR.—Le digo a usted que tenga cuidado.

GREGOR.—Te lo explicaré. Mi padre se casa con esta señora.

HJALMAR.—¿Se casa con ella?

GINA.—¡Oh, Berta! ¿De modo que por fin?

RELLING.—(*Con voz vibrante.*) Eso no puede ser verdad.

SEÑORA SÖRBY.—Sí; Werle tiene ya en orden los papeles, y celebraremos sin ceremonias la boda allá arriba.

GREGOR.—Entonces la felicito a usted, como buen hijo político.

SEÑORA SÖRBY.—Muchas gracias, en el caso de que lo diga usted sinceramente, y espero que lo mismo para Werle que para mí sea una felicidad.

RELLING.—Eso puede usted tenerlo por seguro. El señor Werle no se emborracha y, que yo sepa, no acostumbra a maltratar a su mujer como hacía el difunto veterinario.

SEÑORA SÖRBY.—¡Oh, deje usted a Sörby descansar en paz! También tenía su lado bueno.

RELLING.—El señor Werle, en cambio, tiene las mejores cualidades, ¿verdad?

SEÑORA SÖRBY.—Por lo menos no ha dilapidado lo mejor que había en él; el hombre que tal hace, tiene que soportar las consecuencias.

RELLING.—Esta noche saldré con Molvig.

SEÑORA SÖRBY.—No debía usted hacerlo, Relling; no lo haga usted por mí.

RELLING.—No hay más remedio. (*A Hjalmar.*) Si quieres, ven con nosotros.

GINA.—Gracias; Ekdal no va a sitios semejantes.

HJALMAR.—(*Molestado, a media voz.*) ¿Quieres callar?

RELLING.—Adiós, señora... Werle. (*Se va.*)

GREGOR.—Parece que usted y Relling se conocían bien.

SEÑORA SÖRBY.—Nos hemos conocido hace muchos años. Pudo haber habido algo entre nosotros.

GREGOR.—Ha tenido usted suerte con que no haya resultado nada.

SEÑORA SÖRBY.—Tiene usted razón; pero yo me he guardado siempre de obrar nada más que por impresiones. Una mujer no puede darse a cualquiera.

GREGOR.—¿No tiene usted miedo de que yo pudiera decirle algo a mi padre de esa antigua amistad?

SEÑORA SÖRBY.—Puede usted figurarse que ya se lo he dicho yo misma.

GREGOR.—¿De veras?

SEÑORA SÖRBY.—Su padre de usted conoce todos los puntos sobre que la gente pudieran hablar de mí con alguna razón. Todo se lo dije. Eso fue lo primero que hice tan pronto como me dio a conocer sus intenciones.

GREGOR.—Parece que es usted de una franqueza más que ordinaria.

SEÑORA SÖRBY.—Franca lo he sido siempre; es lo mejor para nosotras las mujeres.

HJALMAR.—¿Qué dices a eso, Gina?

GINA.—Nosotras las mujeres somos tan diferentes; unas hacen las cosas de un modo y otras de otro.

SEÑORA SÖRBY.—Sí, Gina; pero creo que lo más sensato es hacer lo que yo hago. Werle tampoco me ocultó nada de lo suyo. Eso es precisamente lo que más nos ha ligado. Así puede hablar conmigo tan francamente como un niño. Antes nunca había tenido ocasión de hacerlo. Un hombre como él, sano y rebosante de vida, nunca oyó más que sermones, y muchas veces esos sermones tenían por causa faltas imaginarias, según lo que me ha contado.

GINA.—¡Sí, eso es verdad!

GREGOR.—¡Si las señoras comienzan a hablar de ese tema, será mejor que me vaya!

SEÑORA SÖRBY.—¡Oh!, puede usted quedarse sin miedo. No diré una palabra más. Pero quería que usted viese que no he hecho ningún trabajo de zapa con Werle. Podría parecer acaso que he tenido una suerte extraordinaria, y en cierto modo es así; pero, en último término, no recibo más de lo que doy. No le dejaré nunca solo, sino que le ayudaré y le serviré como ninguna otra, mucho más ahora, que pronto no podrá valerse.

HJALMAR.—¿Cómo que no podrá valerse?

GREGOR.—(*A la señora Sörby.*) ¡No hable usted de eso!

SEÑORA SÖRBY.—Ya no se puede ocultar, aunque él lo quisiera así. Se quedará ciego.

HJALMAR.—(*Sorprendido.*) ¿Se queda ciego? Es extraño. ¡También él se queda ciego!

GINA.—Ciegos hay muchos.

SEÑORA SÖRBY.—Y no puede decirse lo que eso significa para un hombre de negocios. Yo intentaré emplear mis ojos por él. Pero tengo que irme; estoy tan ocupada... Una cosa todavía. Para usted, Ekdal, tengo encargo de decirle que si Werle pudiese servirle en algo, no tenía más que dirigirse a Groberg.

GREGOR.—Hjalmar Ekdal rechaza esa oferta.

SEÑORA SÖRBY.—¿Sí? Pues antes no era así.

GINA.—¡Sí, Berta; ahora ya no necesita más de él!

HJALMAR.—(*Lentamente y recalando las palabras.*) Dé usted recuerdos de mi parte a su futuro esposo, y dígame que tengo la intención de ir muy pronto a ver a Groberg...

GREGOR.—¿Vas a hacer eso?...

HJALMAR.—A ver a Groberg, digo, para que me diga cuál es la cantidad que debo a su principal. Quiero pagar esa deuda de honor. Sí, una deuda de honor... Bien, basta; quiero pagarlo todo con un cinco por ciento de interés.

GINA.—Pero querido Ekdal, si no tenemos dinero para eso.

HJALMAR.—Dígale usted a su futuro que trabajo sin descanso en mi invento. Dígale, además, que lo que mantendrá mis fuerzas mentales en este trabajo agotador, será el deseo de librarme de una deuda penosa. Por eso quiero hacer el invento. Todo lo que me produzca lo destinaré a librarme de los favores pecuniarios que me ha hecho su futuro esposo.

SEÑORA SÖRBY.—Algo ha pasado aquí.

HJALMAR.—Así es.

SEÑORA SÖRBY.—Bien; adiós, pues. Tenía todavía que decirte algunas cosas, pero podemos dejarlo para otra vez. Adiós.

(Hjalmar y Gregor se inclinan en silencio, y Gina la acompaña hasta la puerta.)

HJALMAR.—No pases del umbral. *(Berta se va. Gina cierra tras ella.)* Ya ves, Gregor; así me libraría de este peso.

GREGOR.—Será pronto.

HJALMAR.—Creo que mi conducta ha sido correcta.

GREGOR.—Eres lo que yo siempre he creído de ti.

HJALMAR.—En ciertos casos no puede uno prescindir de las exigencias ideales. Por ser padre de familia, tengo que inclinarme y doblarme de dolor. Pues no es una pequeñez para un hombre sin medios como yo pagar una deuda de muchos años, sobre la cual, por decirlo así, está cubierta con el polvo del pasado. Pero me es igual; mi dignidad de hombre exige también lo suyo.

GREGOR.—*(Poniéndole las manos sobre los hombros.)* ¡Querido Hjalmar!, ¿no es verdad que está bien que haya venido?

HJALMAR.—¡Sí!

GREGOR.—¿No está bien que supieses toda la verdad sobre tu situación?

HJALMAR.—(*Algo impaciente.*) ¡Sin duda! Pero hay una cosa todavía que subleva mi sentimiento de justicia.

GREGOR.—¿Cuál es?

HJALMAR.—El punto... Pero no sé si puedo expresarme sin restricciones sobre tu padre.

GREGOR.—No tengas el menor inconveniente.

HJALMAR.—Es algo penoso el pensar que ahora no yo, sino él, realiza el verdadero matrimonio.

GREGOR.—¿Cómo puedes decir eso?

HJALMAR.—Pues así es. Tu padre y Berta contraen un matrimonio que está fundado sobre una confianza plena. Fundado en una franqueza absoluta por ambas partes. No se ocultan nada el uno al otro. No hay secreto alguno en su vida. Hay entre ellos un perdón mutuo de parte del pecador.

GREGOR.—¿Y cuál es la consecuencia?

HJALMAR.—Todo coincide en ellos; tú mismo dices que tales dificultades son necesarias para constituir un matrimonio verdadero.

GREGOR.—Esa es una cosa completamente distinta. No querrás compararte ni a ti ni a Gina con esos dos. Ya me entiendes.

HJALMAR.—Pero no puedo librarme de pensar que en todo ello hay algo que hiere mi sentimiento de justicia. No parece sino que no hay justicia en el mundo.

GINA.—¡Ay, Ekdal! No digas esas cosas, por Dios.

GREGOR.—Dejemos estar la cuestión.

HJALMAR.—Por otra parte parece que el Destino es justo; se queda ciego.

GINA.—¡Oh, eso no es seguro todavía!

HJALMAR.—Es indudable. Nosotros no podemos dudarlo, pues precisamente eso significa la justa expiación. Él ha deslumbrado una vez a una criatura inocente.

GREGOR.—¡Desgraciadamente ha deslumbrado a muchas!

HJALMAR.—Y ahora viene la expiación misteriosa, implacable, y pide sus propios ojos.

GINA.—¿Cómo es posible que digas una cosa tan horrible? Me da miedo.

HJALMAR.—Está bien profundizar en ocasiones en los aspectos sombríos de la existencia.

(Hedwig entra por la puerta del pasillo con el abrigo y el sombrero puesto, alegre y sin alientos.)

GINA.—¿Has vuelto ya?

HEDWIG.—Sí, no tenía ganas de ir más lejos; y ha estado bien, porque me encontré con alguien en la puerta.

HJALMAR.—Sería la señora Sörby.

HEDWIG.—Sí.

HJALMAR.—*(Paseando arriba y abajo.)* Espero que sea la última vez que la ves.

(Pausa. Hedwig los mira tímidamente tan pronto al uno como al otro, como si quisiera ver lo que pensaba.)

HEDWIG.—*(Acercándosele con mimo.)* Papá.

HJALMAR.—¿Qué pasa, Hedwig?

HEDWIG.—La señora Sörby ha traído una cosa para mí.

HJALMAR.—¿Para ti?

HEDWIG.—Sí, para mañana.

GINA.—Berta siempre ha tenido para ti una pequeñez en ese día.

HJALMAR.—¿Qué es lo que ha traído?

HEDWIG.—No puedes saberlo todavía; mamá me lo dará mañana en la cama.

HJALMAR.—¡Siempre esa comunidad, de la que yo estoy excluido!

HEDWIG.—No, vas a verlo. Es un sobre muy grande. (*Saca el sobre del bolsillo del abrigo.*)

HJALMAR.—¿Una carta también?

HEDWIG.—Nada más que la carta. Se conoce que lo demás vendrá más tarde. Pero figúrate... ¡Una carta! Nunca he tenido una carta. Y en el sobre dice: Señorita (*Leyendo.*) Señorita Hedwig Ekdal. Figúrate... ¡Esa soy yo!

HJALMAR.—Déjame ver el sobre.

HEDWIG.—(*Dádoselo.*) Mira.

HJALMAR.—Es letra de Werle.

GINA.—¿Estás seguro, Ekdal?

HJALMAR.—Mira tú misma.

GINA.—¡Oh, yo no entiendo de eso!

HJALMAR.—Hedwig... ¿Me dejas que abra la carta... y la lea?

HEDWIG.—Como tú quieras.

GINA.—No, hoy no, Ekdal; déjalo para mañana.

HEDWIG.—(*En voz baja.*) ¡Déjale que la lea! Seguramente será algo bueno, y entonces se pondrá contento y tendremos mejor humor.

HJALMAR.—¿De modo que puedo abrirla?

HEDWIG.—Sí, ábrela, papá... Tengo ganas de saber lo que dice.

HJALMAR.—Está bien. (*Abre el sobre, saca un papel y parece confundido.*) ¿Qué es esto?

GINA.—¿Qué dice?

HEDWIG.—¡Oh, sí, papá, dilo!

HJALMAR.—¡Silencio! (*Vuelve a leer; se ha puesto pálido, pero dominándose.*) Es una donación, Hedwig.

HEDWIG.—¡Qué gusto! ¿Pero qué es?

HJALMAR.—Léela tú misma. (*Hedwig se aproxima al quinqué y lee un momento.*)

HJALMAR.—(*A media voz, cerrando los puños.*) ¡Los ojos! ¡Los ojos! ¡Y ahora esta carta!

HEDWIG.—(*Interrumpiendo la lectura.*) Sí; pero creo que es para el abuelo.

HJALMAR.—(*Quitándole el papel.*) Gina... ¿Puedes entender esto?

GINA.—Si no sé nada; dime lo que es.

HJALMAR.—Werle escribe a Hedwig que su viejo abuelo no necesita hacer más copias, y que en lo futuro recibirá en su caja cien coronas mensuales.

GREGOR.—Oiga...

HEDWIG.—¡Cien coronas, madre! Eso lo leí yo.

GINA.—Está bien para el abuelo.

HJALMAR.—Cien coronas mientras las necesite; es decir, naturalmente, mientras viva.

GINA.—Así está libre de cuidados el pobre.

HJALMAR.—Pero ahora viene lo bueno. Eso no lo leíste tú, Hedwig. Después el regalo pasará a ti.

HEDWIG.—¿A mí? ¿Todo?

HJALMAR.—Dice que te asegura la misma cantidad para mientras vivas. ¿Lo oyes, Gina?

GINA.—Sí, ya oigo.

HEDWIG.—¡Figúrate! Todo ese dinero para mí. (*Sacudiéndole.*)
¡Oh, papá!, ¿no te alegras?

HJALMAR.—(*Rechazándola.*) ¿Alegrarme? (*Pasea arriba y abajo.*)
¡Oh, qué pensamientos, qué perspectivas se abren ante mí!... A
Hedwig, a ella es a quien regala con tanta esplendidez.

GINA.—Es el día de su cumpleaños.

HEDWIG.—Y de todos modos será para ti, papá. Ya puedes
figurarte que yo os daré todo el dinero a ti y a mamá.

HJALMAR.—¡A tu madre! ¡Ahí está la cosa!

GREGOR.—Hjalmar, es un lazo que te tienden.

HJALMAR.—¿Crees que será otra vez un lazo?

GREGOR.—Cuando estuvo aquí esta mañana, me dijo: Hjalmar
Ekdal no es el hombre que tú crees.

HJALMAR.—¡Que no soy el hombre!...

GREGOR.—¡Ya lo verás, añadió!

HJALMAR.—¡Creería que yo me conformaría con dinero!

HEDWIG.—Pero ¿qué es esto, mamá?

GINA.—Vete y cámbiate de ropa. (*Hedwig se va a la cocina a
punto de llorar.*)

GREGOR.—¡Sí, Hjalmar! Ahora se verá quién tenía razón, si él o
yo.

HJALMAR.—(*Rasga el papel de arriba abajo, posa los pedazos
sobre la mesa, y dice.*) Esta es mi respuesta.

GREGOR.—Lo esperaba.

HJALMAR.—(*Va hacia Gina, que está de pie al lado de la estufa, y
dice con voz contenida.*) Y ahora nada de secretos. Cuando las
relaciones entre él y tú hubieron terminado, cuando empezaste a
estimarme, como tú dices, ¿por qué nos puso entonces en situación
de casarnos?

GINA.—Creía que podría entrar y salir aquí en casa.

HJALMAR.—¿Nada más que eso? ¿No tenía miedo de una cierta posibilidad?

GINA.—No entiendo lo que quieres decir.

HJALMAR.—Quiero saber si tu hija tiene derecho a vivir bajo mi techo.

GINA.—(*Se pone en pie, sus ojos brillan.*) ¿Y preguntas eso?

HJALMAR.—Contéstame. ¿Hedwig es hija... o...?

GINA.—(*Lo mira fríamente.*) No lo sé...

HJALMAR.—(*Tiembla ligeramente.*) ¡No lo sabes!

GINA.—¿Cómo puede saber eso... una mujer como yo?

HJALMAR.—(*Separándose tranquilamente de ella.*) Entonces nada tengo que hacer aquí.

GREGOR.—¡Pero, piensa, Hjalmar!...

HJALMAR.—Aquí no hay nada que pensar para un hombre como yo.

GREGOR.—¡Oh, aquí hay muchísimo que pensar! Vosotros tres tenéis que seguir juntos si quieres sentir la elevación del perdón supremo.

HJALMAR.—Pero es que no quiero. ¡Nunca, nunca! Mi sombrero. (*Lo coge.*) Mi hogar ha caído deshecho en ruinas. (*Rompiendo a llorar.*) Gregor, ya no tengo hija.

HEDWIG.—(*Que ha abierto la puerta de la cocina. Yendo hacia él.*) ¡Papá, papá!

GINA.—Mira.

HJALMAR.—No te acerques a mí, Hedwig. Lejos de mí. No puedo soportar tu presencia. ¡Oh, los puntitos de los ojos! Adiós. (*Va hacia la puerta.*)

HEDWIG.—(*Cogiéndose a él.*) No, no te vayas.

GINA.—(*Gritando.*) ¡Pero mira la niña, Ekdal! ¡Mira la niña!

HJALMAR.—No quiero, no puedo. Me voy. Fuera con todo esto.
(*Se desprende de Hedwig y se va por la puerta del pasillo.*)

HEDWIG.—(*Con acento desesperado.*) ¡Se marcha de casa, mamá; se marcha de casa! ¡No volverá más!

GINA.—No llores, Hedwig. Papá volverá.

HEDWIG.—(*Se arroja en el sofá sollozando.*) ¡No, no volverá a casa con nosotras!

GREGOR.—Crea usted, señora, que yo no quería más que lo mejor.

GINA.—Sí, sí, casi lo creo. Pero que Dios le perdone a usted.

HEDWIG.—(*En el sofá.*) ¡Oh, siento como si me fuese a morir! ¿Qué he hecho yo? Mamá, tienes que traerlo a casa.

GINA.—Sí, sí, estate tranquila. Voy a salir a ver si lo encuentro.
(*Se pone el abrigo.*) Puede ser que esté con Relling. Pero levántate y no llores. ¿Me lo prometes?

HEDWIG.—(*Llorando convulsivamente.*) Sí, no lloraré más; pero que vuelva papá.

GREGOR.—(*A Gina que va a salir.*) ¿No sería mejor dejarlo solo con su dolor por de pronto?

GINA.—Puede hacerlo después. Ante todo hay que calmar a la niña. (*Se va.*)

HEDWIG.—(*Se sienta y se seca las lágrimas. A Gregor.*) Ahora dígame usted lo que pasa. ¿Por qué no quiere papá nada conmigo?

GREGOR.—No pregunte usted eso hasta que sea usted mayor.

HEDWIG.—(*Sollozando.*) Pero no puedo vivir con esta tristeza inmensa hasta que sea mayor. Ya sé lo que es. Puede ser que no sea verdadera hija de papá.

GREGOR.—(*Confuso.*) ¿Cómo podía ser eso?

HEDWIG.—Mamá pudo haberme encontrado. Y papá no lo habrá sabido hasta ahora. Pues cosas así las he leído ya.

GREGOR.—¿Y si fuera así?

HEDWIG.—Podía quererme también lo mismo. Y hasta casi más. El pato nos lo han regalado, y, sin embargo, lo quiero tanto...

GREGOR.—(*Desviando la conversación.*) El pato, sí, es verdad. Charlemos un poco del pato, Hedwig.

HEDWIG.—¡Pobre pato! Tampoco quiere verle más. Figúrese usted. Dice que le dan ganas de retorcerle el pescuezo.

GREGOR.—Pero no lo hará.

HEDWIG.—No; pero lo ha dicho, y eso me parece muy feo en papá. Pues yo rezo todas las noches por el pato y ruego a Dios que le libre de la muerte y de todo mal.

GREGOR.—(*Mirándola.*) ¿Acostumbra usted a rezar por las noches?

HEDWIG.—Sí.

GREGOR.—¿Quién la ha acostumbrado a usted?

HEDWIG.—Yo misma, porque una vez papá estaba muy malo y le pusieron sanguijuelas y dijo que estaba luchando con la muerte...

GREGOR.—Sí, sí...

HEDWIG.—Entonces, al ir a acostarme recé por él y luego seguí haciéndolo.

GREGOR.—¿Y ahora reza usted también por el pato?

HEDWIG.—Creí que sería lo mejor rezar también por él, porque al principio estaba muy enfermo.

GREGOR.—¿Reza usted también por las mañanas?

HEDWIG.—No, por las mañanas no.

GREGOR.—¿Por qué no por la mañana como por la noche?

HEDWIG.—Por la mañana está claro y no se tiene miedo.

GREGOR.—¿Y su padre quería retorcerle el pescuezo al pato que usted tanto quiere?

HEDWIG.—No, dijo que sería lo mejor para él retorcérselo, pero que por mí no lo haría. Y en eso estuvo cariñoso papá.

GREGOR.—(*Acercándose.*) ¿Pero si usted por él sacrificase el pato?...

HEDWIG.—(*Levantándose.*) ¡El pato!...

GREGOR.—¿Si sacrificase usted por él lo mejor que posee en el mundo?

HEDWIG.—¿Cree usted que eso serviría de algo?

GREGOR.—Pruebe usted a ver, Hedwig.

HEDWIG.—(*Bajo, con los ojos brillantes.*) Sí, lo probaré.

GREGOR.—¿Y cree usted que tendrá fuerza suficiente para hacerlo?

HEDWIG.—Le pediré al abuelo que me mate el pato.

GREGOR.—Hágalo. Pero no le diga usted nada a su madre.

HEDWIG.—¿Por qué no?

GREGOR.—No nos entendería.

HEDWIG.—¡El pato! Mañana por la mañana lo haré. (*Gina entra por la puerta del pasillo. Hedwig sale a su encuentro.*) ¿Lo encontraste, mamá?

GINA.—No; pero me dijeron que había estado a ver a Relling y que se lo había llevado consigo.

GREGOR.—¿Está usted segura?

GINA.—La portera me lo dijo. Y me dijo que Molvig iba también con ellos.

GREGOR.—¡Y eso ahora que le era tan necesario luchar con su dolor en la soledad!

GINA.—(*Se quita el abrigo y el sombrero.*) ¡Bah, los hombres son muy distintos; Dios sabe adónde se lo habrá llevado Relling! Estuve en casa de la señora Eriksen, pero allí no estaban.

HEDWIG.—(*Luchando por contener las lágrimas.*) ¡Oh, si no volviese a casa!...

GREGOR.—Ya volverá. Mañana iré a buscarlo. Y entonces verá usted cómo viene. Duerma usted tranquila, Hedwig. Buenas noches. (*Sale por la puerta del pasillo.*)

HEDWIG.—(*Se arroja sollozando al cuello de Gina.*) ¡Oh, mamá, mamá!...

GINA.—(*Le da unos golpes en la espalda y suspira.*) Sí, tenía razón Relling; eso pasa cuando vienen esos locos con sus exigencias *ideales*.

ACTO QUINTO

En el estudio de Hjalmar Ekdal. Hay una luz de mañana gris y fría. Sobre las ventanas del techo hay nieve. Gina, con un delantal de cocina, una escoba y un plumero, sale de la cocina y va a la puerta de la sala. Al mismo tiempo entra rápidamente Hedwig por la puerta del pasillo.

GINA.—*(Parándose)* ¿Qué?

HEDWIG.—Sí, mamá; casi creo que está con Relling, pues la portera dice que Relling venía con otros dos esta noche al volver a casa.

GINA.—Ya me lo figuraba yo.

HEDWIG.—Pero eso no sirve de nada si no quiere subir a casa.

GINA.—Por lo menos bajaré a hablar con él.

EKDAL.—*(Sale de su cuarto en zapatillas y con la pipa.)*
¡Hjalmar!... ¿No está en casa Hjalmar?

GINA.—No, ha salido ya.

EKDAL.—¿Tan temprano y con este temporal de nieve? Bueno. Haz el favor... Entraré yo solo. *(Abre la puerta del desván ayudado por Hedwig. Entra y Hedwig vuelve a cerrar.)*

HEDWIG.—Figúrate, mamá, si el pobre abuelo oye que papá quiere abandonarnos.

GINA.—¡Oh, no digas esas cosas! El abuelo no necesita saber nada. Fue una suerte que ayer no estuviera en casa.

HEDWIG.—Sí, pero...

GREGOR.—(*Entra por la puerta del pasillo.*) ¿Qué, ha encontrado usted sus huellas?

GINA.—Dicen que está abajo, en casa de Relling.

GREGOR.—¿En casa de Relling? ¿De modo que se fue realmente con ese hombre?

GINA.—Probablemente.

GREGOR.—¡Él que necesitaba tanto la soledad para volver sobre sí!

GINA.—Sí, usted dice eso.

(*Relling entrando por el pasillo. Hedwig sale a su encuentro.*)

HEDWIG.—¿Está papá en su casa?

GINA.—(*Al mismo tiempo.*) ¿Está abajo?

RELLING.—Sí, está en mi casa.

HEDWIG.—¿Y no nos dice usted nada?

RELLING.—Que soy una bestia. Pero primero tenía otra bestia en la cama, el satánico, naturalmente, y luego me dormí de tal modo que...

GINA.—¿Qué dice Ekdal?

RELLING.—No habla una palabra.

HEDWIG.—¿No dice nada?

RELLING.—Ni una sílaba.

GREGOR.—Sí, eso se comprende.

GINA.—Pero entonces, ¿qué hace?

RELLING.—Está tumbado en el sofá y ronca.

GINA.—Sí, Ekdal ronca mucho.

HEDWIG.—¿Duerme?... ¿Puede dormir?...

RELLING.—Por lo menos lo parece.

GREGOR.—Se comprende, después de la lucha que ha pasado en su alma.

GINA.—Y él que no está acostumbrado a andar por ahí de noche.

HEDWIG.—Puede que esté bien que duerma.

GINA.—También a mí me lo parece. Pero entonces no hay por qué despertarle. Gracias, Relling. Ahora a limpiar primero un poco la casa y luego... Ven a ayudarme, Hedwig. *(Gina y Hedwig se van a la sala.)*

GREGOR.—*(A Relling.)* ¿Puede usted explicarme el proceso espiritual por que está pasando Hjalmar Ekdal?

RELLING.—Yo no he notado que hubiese en él proceso espiritual ninguno.

GREGOR.—¡Cómo! ¿En una crisis como esta en que toda su vida recibe una base nueva? ¿Cómo puede usted pensar que una personalidad como la de Hjalmar?...

RELLING.—¡Oh, personalidad él! En el caso de que haya tenido alguna vez un principio de esa anomalía que usted llama personalidad, raíces y tejidos le han sido extirpados en la juventud; puedo asegurárselo.

GREGOR.—Sería extraño, con la educación tan cuidadosa que recibió.

RELLING.—¿De la loca de la tía solterona histérica?

GREGOR.—No le digo más sino que eran mujeres que no olvidaban nunca las exigencias ideales. Ahora se burlará usted de mí otra vez.

RELLING.—No, no tengo humor para hacerlo. Además, estoy muy bien informado; me ha hablado ya varias veces de esas dos madres espirituales; pero no creo que tenga gran razón para estarlas

agradecido. Su gran desgracia es que en su círculo se le tuvo siempre por un hombre extraordinario.

GREGOR.—¿Es que acaso no lo es; en la profundidad del sentimiento, quiero decir?

RELLING.—Nunca he notado nada de eso. Que su padre lo crea, pase, pues el pobre viejo ha sido toda su vida un tonto...

GREGOR.—Ha sido al menos un hombre de corazón de niño...; por eso no lo entenderá usted.

RELLING.—Cuando el simpático y dulce Hjalmar, a fuerza de fatigas, llegó a ser estudiante, pasaba también entre sus camaradas como una gloria futura. Es verdad que tenía la atracción de su guapeza, rojo y blanco, como las muchachitas prefieren a los hombres. Y como tiene un sentimiento fácilmente impresionable y una voz de un acento atractivo, y como sabía declamar tan bien los versos y pensamientos de otros...

GREGOR.—(*Con amargura.*) ¿Habla usted realmente de Hjalmar Ekdal?

RELLING.—Sí, con permiso de usted. Pues así es por dentro el ídolo a cuyos pies se prosterna usted.

GREGOR.—Yo no creo ser completamente ciego.

RELLING.—¡Oh, no está usted muy lejos de eso!, pues es usted un enfermo, usted también.

GREGOR.—En eso tiene usted razón.

RELLING.—Tiene usted una enfermedad complicada. Primero, esa fiebre de justicia, y luego, lo que es peor, vive usted siempre en un delirio de idolatría. ¡Siempre quiere usted tener algo que admirar fuera de sus asuntos!

GREGOR.—Es verdad que tengo que buscarlo fuera de mí.

RELLING.—Pero se engaña usted miserablemente en los monstruos maravillosos que cree usted ver y oír a su alrededor. Una

vez más ha venido usted con sus exigencias ideales a una choza. En esta casa no viven gentes presentables en un salón.

GREGOR.—Si no tiene usted mejor opinión que esa de Hjalmar Ekdal, ¿cómo puede usted tener gusto en estar constantemente con él?

RELLING.—Señor, es que yo soy, con permiso de usted, una especie de médico. Por eso tengo que ocuparme de los pobres enfermos que viven en la misma casa.

GREGOR.—¿Qué dice usted? ¿Está enfermo Hjalmar Ekdal?

RELLING.—¡Los hombres, desgraciadamente, están casi todos enfermos!

GREGOR.—¿Y qué tratamiento emplea usted con Hjalmar?

RELLING.—Mi tratamiento ordinario. Procuro que no se desvanezca la mentira vital.

GREGOR.—¿La mentira vital? ¡No he debido oír bien!

RELLING.—Sí, dije la mentira vital, porque la mentira vital es el principio estimulante.

GREGOR.—¿Puedo preguntarle cuál es la mentira de vida de que está afectado Hjalmar?

RELLING.—No, gracias; no descubro tales secretos a charlatanes. Sería usted capaz de estropeármelo más todavía. Pero el método está probado. Con Molvig lo he aplicado también. A Molvig lo he hecho satánico.

GREGOR.—¿Es que no es satánico?

RELLING.—¿Qué es eso de satánico? No es más que una tontería que he inventado para conservarle en la vida. Si no lo hubiera hecho, el pobre diablo hubiera sucumbido hace muchos años de desesperación a fuerza de despreciarse a sí mismo. Luego el viejo teniente; ahora que este ha inventado él mismo el tratamiento.

GREGOR.—¿El teniente Ekdal? ¿Qué le pasa?

RELLING.—¿No ve usted cómo él, el cazador de osos, se dedica a cazar conejos ahí, en la oscuridad del desván? No hay en el mundo un tirador tan feliz como el viejo cuando puede estar a sus anchas entre todos esos trastos. Los cuatro o cinco árboles de Navidad que ha conservado son para él lo mismo que el bosque de allá arriba. El gallo y las gallinas son para él urogallos entre los pinos. Los conejos que saltan por el suelo son los osos con quienes él lucha, él, el hombre valiente de la Naturaleza.

GREGOR.—El desgraciado Ekdal ha tenido que renunciar a los ideales de su juventud.

RELLING.—A propósito, señor Werle hijo, ¿para qué emplea usted la palabra literaria *ideales*, si tenemos la palabra *mentiras*, que es más exacta?

GREGOR.—¿Cree usted que hay algo de común entre las dos?

RELLING.—Como entre el tifus y la fiebre tifoidea.

GREGOR.—Doctor, no me tranquilizaré hasta que haya salvado a Hjalmar de entre sus manos.

RELLING.—Eso sería lo peor para él. Si a un hombre de tipo medio le quita usted la mentira vital, le quita usted al mismo tiempo la dicha. (*A Hedwig que entra en la sala.*) Bien, madrecita del pato, me voy abajo a ver si papá vive todavía y medita sobre el invento. (*Sale por el pasillo.*)

GREGOR.—(*Acercándose a Hedwig.*) Veo en su cara que todavía no está hecho.

HEDWIG.—¿El qué? ¿Lo del pato? No.

GREGOR.—No tuvo usted fuerzas para hacerlo, ¿verdad?

HEDWIG.—No, eso no; pero cuando esta mañana desperté y empecé a pensar sobre lo que habíamos hablado ayer, me pareció tan extraño...

GREGOR.—¿Extraño?

HEDWIG.—Sí, no sé. Ayer noche, al pronto me parecía muy hermoso; pero cuando me fui a dormir y después desperté, ya no me parecía nada.

GREGOR.—Es verdad que no pudo usted vivir aquí sin que algo se perdiese en su alma.

HEDWIG.—Eso no me importa. La cosa es que papá quisiera volver.

GREGOR.—¡Oh!, si tuviese usted los ojos bien abiertos para lo que da valor a la vida, si poseyese el verdadero sentimiento del sacrificio gustoso, ya vería usted cómo volvía. Sin embargo, tengo todavía esperanza en usted, Hedwig. *(Se va por el pasillo.)*

(Hedwig pasea por la escena. Enseguida quiere ir a la cocina. Al mismo tiempo llaman de adentro en la puerta del desván; Hedwig abre un poco, sale el viejo Ekdal y vuelve a cerrar la puerta.)

EKDAL.—¡Hum!... La partida de la mañana solo no es ningún placer.

HEDWIG.—¿No tienes gana de ir a cazar, abuelo?

EKDAL.—Hoy no hace tiempo de caza. Está demasiado oscuro allá adentro. No se ve apenas.

HEDWIG.—¿No se te ocurre nunca tirar más que a los conejos?

EKDAL.—¿Es que los conejos no son bastante buenos?

HEDWIG.—Sí. Pero ¿y, por ejemplo, el pato?

EKDAL.—¡Oh!, ¿tienes miedo que te mate tu pato? Nunca en la vida, nunca.

HEDWIG.—Claro, no podrías. Debe ser muy difícil matar un pato silvestre.

EKDAL.—¿Que no podría? Ya lo creo.

HEDWIG.—¿Cómo ibas a hacerlo, abuelo? No quiero decir con mi pato, sino con otro.

EKDAL.—Trataría de pegarle un tiro debajo del pecho, ¿sabes?, eso es lo más seguro. Y luego hay que tirar contra las plumas.

HEDWIG.—¿Se mueren entonces, abuelo?

EKDAL.—Claro que mueren si se tira bien. Bueno, tengo que ir a mi cuarto a arreglarme. Ya, ya entiendo. *(Se va a su cuarto.)*

(Hedwig espera un poco, mirando hacia la puerta de la sala, luego se va al estante, se pone sobre las puntas de los pies, coge la pistola de dos cañones y la contempla. Gina con una escoba y un plumero entra por la puerta de la sala. Hedwig deja rápidamente la pistola en su sitio.)

GINA.—No estés ahí revolviendo en las cosas de tu padre, Hedwig.

HEDWIG.—*(Separándose del estante.)* Quería poner un poco de orden.

GINA.—Vete a la cocina y ten cuidado que el café esté caliente; quiero llevárselo cuando baje a verlo. *(Hedwig se va. Gina empieza a barrer y limpiar el estudio. Un momento después se abre con precaución la puerta del pasillo, y Hjalmar Ekdal asoma la cabeza. Trae el abrigo puesto, pero viene sin sombrero, sin lavar, con los cabellos en desorden y la mirada apagada. Gina se queda parada con la escoba en la mano y le mira.)* ¿Eres tú, Ekdal? ¿Vienes por fin?

HJALMAR.—*(Con voz sombría y entrando.)* Sí, vengo para volverme a marchar al momento.

GINA.—Sí, sí, ya me lo figuro. Pero ¡Jesús, qué aire tienes!

HJALMAR.—¿Qué aire tengo?

GINA.—¡Y tu hermoso abrigo de invierno! Bueno lo has puesto.

HEDWIG.—*(En la puerta de la cocina.)* Mamá, no quieres... *(Ve a Hjalmar, da un grito de alegría y corre hacia él.)* ¡Papá, papá!

HJALMAR.—*(Se vuelve y extiende las manos rechazándola.)* ¡Fuera, fuera! *(A Gina.)* ¡Quítala de mi vista!

GINA.—(*A media voz.*) Vete allí adentro, Hedwig. (*Hedwig se va en silencio.*)

HJALMAR.—(*Activamente, sacando el cajón de la mesa.*) Tengo que llevarme mis libros. ¿Dónde están mis libros?

GINA.—¿Qué libros?

HJALMAR.—Mis libros científicos, naturalmente...; las revistas técnicas que necesito para mi invento.

GINA.—(*Buscando en el estante.*) ¿Son estas... que no tienen cubierta?

HJALMAR.—Sí, esas son.

GINA.—(*Poniendo un montón de cuadernos sobre la mesa.*) ¿Quieres que te los corte Hedwig?

HJALMAR.—No necesito que me los corten. (*Pausa corta.*)

GINA.—¿De modo que estás decidido a irte de con nosotras?

HJALMAR.—(*Revolviendo entre los libros.*) Eso se comprende por sí mismo, me parece.

GINA.—Sí.

HJALMAR.—(*Violentemente.*) No puedo quedarme aquí para ver mi corazón desgarrado a cada momento.

GINA.—Dios te perdone el creer cosas tan malas de mí.

HJALMAR.—Prueba...

GINA.—Me parece que tú eres el que debería probar.

HJALMAR.—¿Después de un pasado como el tuyo? Hay ciertas exigencias..., casi las llamaría exigencias ideales.

GINA.—¿Y el abuelo? ¿Qué va a hacer el pobre?

HJALMAR.—Sé cuál es mi deber; se marchará conmigo. Me voy a la ciudad a hacer gestiones... ¡Hum!... (*Vacilando.*) ¿Ha encontrado alguien mi sombrero en la escalera?

GINA.—No. ¿Has perdido el sombrero?

HJALMAR.—Naturalmente; lo tenía puesto esta noche cuando volví a casa; eso no tiene duda; pero esta mañana no pude encontrarlo.

GINA.—¡Jesús! ¿Dónde has estado con esos trasnochadores?

HJALMAR.—¡Oh, no me preguntes por cosas de tan poca monta! ¿Crees que tengo humor para recordar todos los detalles?

GINA.—¡Con tal de que no te hayas acatarrado, Ekdal! *(Se va a la cocina.)*

HJALMAR.—*(Habla a media voz e incomodado consigo mismo mientras rebusca en el cajón de la mesa.)* ¡Eres un canalla, Relling!... ¡Un bribón!... ¡Cómo me has seducido!... ¿No podría encontrar alguien que te asesinase?...

(Separa a un lado algunas cartas viejas; encuentra el papel que rompió el día anterior, lo coge y mira los pedazos; al oír venir a Gina los pone rápidamente a un lado.)

GINA.—*(Coloca una bandeja con servicio de café sobre la mesa.)* Aquí tienes un poco de comida caliente por si tuvieres gana, y aquí tienes pan con manteca y un poco de carne.

HJALMAR.—*(Mirando de lado a la bandeja.)* ¿Carne? ¡No tomaré un bocado más bajo este techo! Es verdad que hace veinticuatro horas que no he tomado ningún alimento sólido; pero eso es lo mismo. ¡Mis apuntes! ¡Mis recuerdos empezados! ¿Dónde está mi diario y mis papeles importantes? *(Abre la puerta de la sala.)* ¡También allí está!

GINA.—Pero, Señor, en alguna parte ha de estar la niña.

HJALMAR.—Sal de aquí. *(Hedwig viene asustada al estudio. Con la mano en el llamador de la puerta, a Gina.)* Los últimos momentos que paso en mi antigua casa deseo verme libre de extraños... *(Entra.)*

HEDWIG.—*(Da un salto hacia su madre, y pregunta en voz baja.)* ¿Dice eso por mí?

GINA.—Estate en la cocina, Hedwig, o no, mejor te vas a tu cuarto. (*A Hjalmar, yendo hacia la sala.*) Espera un poco, Ekdal; no revuelvas así la cómoda; yo sé dónde están todas las cosas.

HEDWIG.—(*Está un momento inmóvil llena de miedo y de indecisión y se muerde los labios para contener las lágrimas; luego agita convulsivamente las manos y dice en voz baja.*) ¡El pato!... (*Va hacia el estante y coge la pistola, entreabre la puerta del desván un poco y se introduce por la abertura y cierra tras sí. Hjalmar y Gina empiezan a disputar allá adentro.*)

HJALMAR.—(*Entra con algunas hojas escritas y viejos papeles sueltos que pone sobre la mesa.*) ¡Para qué va a servirme el saco de viaje! Si tengo que llevar mil cosas.

GINA.—(*Siguiéndole con el saco de viaje.*) Pero deja todo eso aquí entretanto, y llévate por ahora una camisa y un par de calzoncillos.

HJALMAR.—¡Uf!... ¡Estos preparativos fatigosos!... (*Se quita el abrigo y lo tira sobre el sofá.*)

GINA.—Y entretanto se te enfría el café.

HJALMAR.—¡Hum!... (*Bebe involuntariamente un sorbo y enseguida otro.*)

GINA.—(*Quitando el polvo a las sillas.*) Lo más difícil para ti será encontrar un desván grande para los conejos.

HJALMAR.—¡Cómo! ¿Es que voy a llevar los conejos también conmigo?

GINA.—Sí, claro está; el abuelo no puede vivir sin los conejos.

HJALMAR.—Tendrá que acostumbrarse a ello. Yo tengo que renunciar a cosas más altas que los conejos.

GINA.—(*Limpiando el polvo del estante.*) ¿Quieres que te meta la flauta en el saco de viaje?

HJALMAR.—No, nada de flauta. Pero dame la pistola.

GINA.—¿Quieres llevarte la pistola?

HJALMAR.—Sí, mi pistola cargada.

GINA.—(*Buscándola.*) No está aquí. La habrá llevado consigo allá adentro.

HJALMAR.—¿Está el abuelo en el desván?

GINA.—Claro que está.

HJALMAR.—¡El pobre viejo solitario!... (*Coge un trozo de pan con manteca, come y se bebe la taza de café.*)

GINA.—Si no hubiésemos alquilado la habitación, podrías haberte ido a ella.

HJALMAR.—¡Yo vivir bajo el mismo techo que...! ¡Nunca! ¡Nunca!

GINA.—Pero ¿no podrías pasar dos o tres días allá adentro, en la casa? Lo tendrías todo para ti solo.

HJALMAR.—¡Nunca dentro de estos muros!...

GINA.—¿Y abajo, con Relling y Molvig?

HJALMAR.—¡No me hables de esos hombres! ¡Se me quita el apetito solo de pensar en ellos!... ¡Oh, no; tengo que irme afuera, entre la tempestad de nieve...; ir de casa en casa en busca de asilo para mi padre y para mí!...

GINA.—¡Pero si no tienes sombrero, Ekdal! ¿No ves que has perdido tu sombrero?

HJALMAR.—¡Oh, los dos malditos tan ricos en toda clase de vicios!... Es preciso hacerse con un sombrero. (*Toma una segunda rebanada de pan con manteca.*) No tengo ganas de poner en peligro mi vida. (*Busca alguna cosa en la bandeja.*)

GINA.—¿Qué buscas?

HJALMAR.—Manteca.

GINA.—Voy a traértela enseguida. (*Se va a la cocina.*)

HJALMAR.—(*Llamándola.*) No es necesario. Puedo comer perfectamente pan seco.

GINA.—(*Con un tarro de manteca.*) Aquí tienes; está muy fresca. (*Le sirve una nueva taza de café. Él se sienta en el sofá, unta el pan de manteca y come y bebe un momento en silencio.*)

HJALMAR.—¿Me molestaría alguien si pasara uno o dos días allá adentro?

GINA.—Se podría hacer muy bien si quisieses.

HJALMAR.—Pues no veo la posibilidad de llevarme de una vez todas las cosas de papá.

GINA.—Y, además, tienes que decirle todavía que no quieres seguir viviendo con nosotras.

HJALMAR.—(*Echando a un lado la taza.*) Eso también, sí... ¡Tener que revolver otra vez en todas estas historias complicadas!... Tengo que dominarme, tener un poco de tranquilidad. No puedo descargarme en un solo día de todo este peso.

GINA.—Y, además, con un tiempo tan terrible como el que hace...

HJALMAR.—(*Echando a un lado la carta de Werle.*) ¿El papel este anda todavía por aquí?

GINA.—Yo no lo he tocado.

HJALMAR.—A mí no me interesa.

GINA.—Yo tampoco pienso en sacar ningún provecho de ello.

HJALMAR.—Pero tampoco es necesario tirarlo a la basura. Si me mudo, en la confusión podría tan fácilmente...

GINA.—Ya tendré cuidado con él, Ekdal.

HJALMAR.—El documento pertenece, ante todo, a mi padre, y es cosa suya el hacer o no uso de él.

GINA.—(*Suspirando.*) ¡Oh, el pobre viejo padre!...

HJALMAR.—Por vía de seguridad... ¿Dónde hay un poco de goma?

GINA.—(*Yendo al estante.*) Aquí está el frasco.

HJALMAR.—¿Y el pincel?

GINA.—(*Trayéndoselo.*) Aquí está también el pincel.

HJALMAR.—(*Cogiendo unas tijeras.*) Pondré una tira de papel en la parte de atrás... (*Corta y pega.*) De ningún modo quiero tocar cosas que son propiedad ajena..., y mucho menos si son de un pobre anciano. Ni tampoco a las de... otra persona... Así. Déjalo estar ahí un momento, y cuando esté seco, llévatelo. Yo no quiero verlo más ante mi vista. ¡Nunca!

(*Gregor Werle entra por la puerta del pasillo.*)

GREGOR.—(*Algo admirado.*) ¡Cómo! ¿Estás aquí sentado, Hjalmar?

HJALMAR.—(*Poniéndose en pie.*) Me había caído de cansancio.

GREGOR.—También veo que te has desayunado.

HJALMAR.—Hay que darle lo suyo al cuerpo en ocasiones.

GREGOR.—¿Te has decidido ya a algo?

HJALMAR.—Para un hombre como yo, no hay más que un camino... Estoy buscando mis cosas más importantes; pero ya puedes figurarte que eso lleva tiempo.

GINA.—(*Algo impaciente.*) ¿Limpio ahora la casa o empaqueto antes tu saco de viaje?

HJALMAR.—(*Mirando de soslayo a Gregor.*) Empaqueta... y haz la limpieza.

GINA.—(*Coge el saco de viaje.*) Bien, entonces te meteré aquí la camisa y las otras cosas. (*Entra en la sala y cierra la puerta tras sí.*)

GREGOR.—(*Tras una pausa corta.*) Nunca hubiera creído que terminaría así. ¿Te es realmente necesario abandonar tu casa?

HJALMAR.—(*Pasea agitado.*) ¿Qué crees que debía hacer? Yo no estoy hecho para ser infeliz, Gregor. Tengo que vivir en ambiente agradable, tranquilo y pacífico.

GREGOR.—Pero ¿es que no puedes? Inténtalo. Ahora me parece que hay aquí un cimiento bastante firme para edificar sobre él. Comienza desde el principio. Y luego, piensa también en que tienes que vivir para tu invento.

HJALMAR.—¡Oh, no me hables del invento!... Eso es una cosa muy lejana todavía.

GREGOR.—¿De veras?

HJALMAR.—Pero, Señor, ¿qué es lo que voy a inventar? Los demás me han llevado ya lo mejor. Cada día resulta más difícil inventar algo.

GREGOR.—Pero tú has trabajado mucho en ello.

HJALMAR.—El loco de Relling fue el que me metió en eso.

GREGOR.—¿Relling?

HJALMAR.—Sí, él fue el primero que me hizo notar mis disposiciones para algún invento en el campo de la fotografía.

GREGOR.—¡Ajá!... ¡De modo que Relling!...

HJALMAR.—Yo me sentí muy feliz con ello, no tanto por el invento en sí, sino porque Hedwig creía en él con toda la fuerza de su alma de niña. Esto es..., yo, iloco de mí!, me hice la ilusión de que lo creía.

GREGOR.—¿Cómo puedes pensar que Hedwig haya obrado con falsía para contigo?

HJALMAR.—Ahora ya sé lo que es. Hedwig se ha puesto en mi camino. Me quita el sol de la vida.

GREGOR.—¿Hedwig? ¿Hedwig realmente?... ¡Cómo va a quitarte el sol!...

HJALMAR.—(*Sin contestar.*) ¡Qué indeciblemente la he querido! ¡Qué feliz me sentía cada vez cuando, al volver a mi pobre casa, salía a mi encuentro, con sus amados ojos brillantes!... ¡Oh, loco

confiado!... ¡La quería infinitamente y me imaginaba que ella me amaba así también!

GREGOR.—¿Es que eso no sería más que imaginación?

HJALMAR.—¿Cómo puedo saberlo? A Gina no puedo sacarla la verdad; le falta el sentido para el aspecto ideal del conflicto. Pero siento la necesidad de abrirte mi corazón, Gregor. ¡Siempre esa duda terrible!... ¡Puede ser que Hedwig no me haya querido nunca sinceramente!

GREGOR.—Es posible que recibas pruebas de que sí.
(*Escuchando.*) Pero ¿qué es eso? ¿No es el pato el que chilla?

HJALMAR.—Grazna. Papá está en el desván.

GREGOR.—¿Es él? (*Sus ojos brillan de contento.*) Te digo que pudiera ser que tuvieses una prueba de que la pobre Hedwig te quiere de veras.

HJALMAR.—¿Y qué prueba puede darme? Yo no creo en ninguna seguridad por esa parte.

GREGOR.—Hedwig no sabe nada de engaños.

HJALMAR.—¡Oh, Gregor! ¡De eso es precisamente de lo que no estoy seguro! ¡Cuántas veces habrán estado aquí juntas Gina y esa Berta Sörby, y quién sabe lo que habrán charlado y murmurado!... Y Hedwig suele tener los oídos abiertos. Puede ser que la donación no viniera tan inesperadamente. Casi me pareció como si notase algo de eso.

GREGOR.—¿Qué espíritu malo te ha poseído?

HJALMAR.—Se me han abierto los ojos. Aguarda, ya verás cómo la donación no es más que el comienzo. La señora Sörby ha tenido siempre predilección por Hedwig, y ahora tiene poder para hacer por la niña todo lo que quiera. Puede quitármela, si se le ocurre.

GREGOR.—Hedwig no se separará nunca de ti.

HJALMAR.—No confíes demasiado en ello. Si los otros, desde allá, empiezan a llamarla con las manos llenas... ¡Yo, que la he querido

tanto!... ¡Yo, que hubiera encontrado mi felicidad mayor en tomarla solícito de la mano y llevarla por un espacio grande y desierto, como a un niño que tiene miedo en la oscuridad!... ¡Ahora no siento más que la certeza atormentadora!... ¡El pobre fotógrafo de la buhardilla no ha sido nunca una cosa grande y plena para ella! ¡No ha hecho más que procurar estar a buenas con él hasta que llegase la ocasión!

GREGOR.—Eso no lo crees tú mismo, Hjalmar.

HJALMAR.—¡Eso es precisamente lo terrible..., que no sé lo que debo creer..., que nunca lo sabré!... ¿Dudas acaso de que sea como yo digo? ¡Ajá! Tú confías demasiado en las exigencias ideales, mi buen Gregor. Si viniesen los otros, los de las manos llenas, y le dijiesen a la niña: «Márchate de con él; con nosotros gozarás de la vida...»

GREGOR.—(*Rápidamente.*) ¿Qué crees que sucedería entonces?

HJALMAR.—Si le preguntase: «¿Hedwig, estás dispuesta a dejar la vida por mí?»; ¡ya, ya verías la contestación que me daba!

(*Se oye un tiro de pistola en el desván.*)

GREGOR.—(*Alto, alegremente.*) ¡Hjalmar!...

HJALMAR.—¿Oyes? El abuelo está de caza.

GINA.—(*Entrando.*) Ekdal, creo que el padre hace ruido en el desván.

HJALMAR.—Voy a ver lo que hace.

GREGOR.—(*Agitado.*) Espera un poco... ¿Sabes lo que era?

HJALMAR.—Sí, claro que lo sé.

GREGOR.—No, tú no lo sabes; pero yo sí... Es la prueba.

HJALMAR.—¿Qué prueba?

GREGOR.—Un sacrificio infantil. Ha pedido a tu padre que matase el pato.

HJALMAR.—¿Matar el pato?

GINA.—¡Figúrate!...

HJALMAR.—Pero ¿con qué fin?

GREGOR.—Quería sacrificarte lo mejor que poseía en el mundo, porque creía que entonces volverías a quererla.

HJALMAR.—(*Dulcemente conmovido.*) ¡Niña querida!...

GINA.—¡Qué cosas se le ocurren!

GREGOR.—No quería más que reconquistar tu cariño, Hjalmar. Creía que no podría vivir sin él.

GINA.—(*Luchando por contener las lágrimas.*) Ahora ves, Ekdal.

HJALMAR.—¿Dónde está Hedwig, Gina?

GINA.—(*Sollozando.*) ¡Pobrecita! Supongo que estará en la cocina.

HJALMAR.—(*Va a la puerta de la cocina, la abre violentamente y dice.*) Hedwig, ven, ven a mí. (*Mira a su alrededor.*) Aquí no está.

GINA.—Entonces estará en su cuarto.

HJALMAR.—(*Desde adentro.*) No, aquí tampoco está. (*Volviendo a entrar.*) Debe haber salido.

GINA.—No querías tolerarla en ninguna parte.

HJALMAR.—¡Oh!, ojalá vuelva pronto a casa... Que yo pueda decirle... Ahora se arreglará todo, Gregor. Ahora yo también creo que podemos empezar una nueva vida.

GREGOR.—(*Tranquilamente.*) Lo sabía; la resurrección vendría por la niña.

(*Ekdal aparece en la puerta de su habitación; está vestido con uniforme completo, y se coloca el sable en el cinturón.*)

HJALMAR.—(*Asombrado.*) ¡Padre! ¿Estás ahí?

GINA.—¿Tiraste un tiro en tu habitación?

EKDAL.—(*Incomodado, acercándose.*) ¿De modo que vas solo a cazar, Hjalmar?

HJALMAR.—(*Confuso, intranquilo.*) ¿De modo que no fuiste tú quien disparó en el desván?

EKDAL.—¿Yo disparar? ¡Hum!

GREGOR.—(*Gritando a Hjalmar.*) ¡Ha matado al pato por sí misma!

HJALMAR.—¡Qué es eso! (*Corre a la puerta del desván, mira adentro y grita.*) ¡Hedwig!

GINA.—(*Corriendo a la puerta.*) ¡Jesús, qué es eso!

HJALMAR.—(*Entrando.*) ¡Está en el suelo!

GREGOR.—¡En el suelo! (*Corriendo también adentro.*)

GINA.—(*Al mismo tiempo.*) ¡Hedwig! (*Corriendo al desván.*) ¡No, no, no!

EKDAL.—¡Oh! También ella caza.

(*Hjalmar, Gina y Gregor conducen a Hedwig al estudio; en la mano derecha tiene la pistola firmemente apretada.*)

HJALMAR.—(*Desconcertado.*) La pistola se ha disparado. Se ha herido a sí misma. ¡Pedid socorro! ¡Socorro!

GINA.—(*Corriendo a la puerta del pasillo y gritando.*) ¡Relling! ¡Relling! ¡Doctor Relling! ¡Suba usted enseguida!

(*Hjalmar y Gregor ponen a Hedwig en el sofá.*)

EKDAL.—(*En voz baja.*) ¡El bosque se venga!

HJALMAR.—(*Arrodillado ante ella.*) Pronto volverá en sí... Pronto volverá en sí..., sí, sí...

GINA.—(*Que ha vuelto.*) ¿Dónde se ha dado? No veo nada.

(*Relling viene corriendo, y tras él Molvig. Este último sin chaleco ni corbata.*)

RELLING.—¿Qué pasa aquí?

GINA.—Dicen que Hedwig se ha pegado un tiro.

HJALMAR.—¡Ven, y ayúdanos!

RELLING.—¡Un tiro! *(Separa la mesa a un lado y la examina.)*

HJALMAR.—*(Mirándole ansioso.)* No será peligroso, ¿verdad, Relling? No sangra apenas. ¿Verdad que no es peligroso?

RELLING.—Pero ¿qué ocurrió?

HJALMAR.—¡Yo qué sé!...

GINA.—Quería matar el pato.

RELLING.—¿El pato?

HJALMAR.—Ha tenido que dispararse la pistola.

RELLING.—¡Hum!... Sí...

EKDAL.—El bosque se venga. Pero yo no tengo miedo. *(Se va al desván y cierra tras sí.)*

HJALMAR.—Pero, Relling..., ¿por qué no dices nada?

RELLING.—La bala le ha dado en el pecho.

HJALMAR.—Pero volverá en sí.

RELLING.—Pero ¿no ves que Hedwig ya no vive?

GINA.—*(Rompiendo a llorar.)* ¡Oh, hija mía, hija mía!

GREGOR.—*(Con voz velada.)* En lo profundo del mar...

HJALMAR.—*(Dando un salto.)* No, no..., ¡es preciso que viva! ¡Oh, por Dios, Relling..., un momento tan solo!... ¡Nada más que para que pueda decirla lo infinitamente que la he amado siempre!

RELLING.—Le ha tocado en el corazón. Fue una hemorragia interior. Murió inmediatamente.

HJALMAR.—¡Y yo que la eché de mí como si fuera un animal..., y ella asustada se refugió en el desván y murió en amor por mí!... *(Sollozando.)* ¡No poder remediarlo nunca, no poder decirle nunca!...

(Con los puños cerrados y gritando hacia arriba.) ¡Oh, tú, el que está allá arriba!... Si es que estás ahí..., ¿por qué me haces esto?

GINA.—¡Silencio, silencio, no blasfemes así! Debe ser que no teníamos derecho a conservarla.

MOLVIG.—La niña no está muerta, está dormida.

RELLING.—¡No digas tonterías!

HJALMAR.—*(Se tranquiliza, va hacia el sofá y contempla con los brazos cruzados a Hedwig.)* Aquí yace muda y rígida.

RELLING.—*(Tratando de quitarle la pistola.)* Está tan firme, tan firme.

GINA.—No, Relling, no le rompa usted los dedos; déjele usted la pistola.

HJALMAR.—Que la lleve consigo.

GINA.—Sí, déjesela usted. Pero la niña no debe seguir aquí. Hay que llevarla adentro, a su habitación. Allí estará bien. Cógela, Ekdal.

(Hjalmar y Gina se llevan a Hedwig.)

HJALMAR.—*(Mientras la llevan.)* ¡Oh, Gina, Gina! ¿Puedes soportar esto?

GINA.—Tenemos que ayudarnos el uno al otro.

MOLVIG.—*(Extiende los brazos y murmura.)* ¡El Señor sea alabado! ¡En tierra te convertirás, en tierra te convertirás!

RELLING.—*(Bajo.)* Cállate la boca, hombre; si estás borracho.
(Hjalmar y Gina llevan el cadáver por la puerta de la cocina. Relling cierra tras ellos. Molvig se desliza hacia la puerta del pasillo y se va. Relling va hacia Gregor y dice.) Nadie me hará creer que ha sido un disparo casual.

GREGOR.—*(Que rígido de espanto está allí en temblor convulsivo.)*
Nadie puede decir cómo ha ocurrido la tragedia.

RELLING.—El tiro le ha chamuscado la blusa. Ha debido tener la pistola apoyada en el pecho y disparado.

GREGOR.—Hedwig no ha muerto en vano. ¿No ha visto usted cómo el dolor libertaba en él todos los pensamientos altos?

RELLING.—La mayor parte de los hombres se sublimizan cuando están ante un cadáver, llenos de dolor. Pero ¿cuánto tiempo cree usted que le durará el efecto?

GREGOR.—¿No durará toda la vida?

RELLING.—Dentro de medio año, Hedwig no será para él más que un bello tema de declamación.

GREGOR.—¿Y dice usted eso de Hjalmar Ekdal?

RELLING.—Ya hablaremos cuando se haya marchitado la primera hierba en la tumba de la niña. Entonces podrá usted oírle sollozar por la hija arrancada tan pronto a su corazón paternal. Entonces verá usted cómo se embalsama en emoción y admiración y lástima de sí mismo. Aguarde usted.

GREGOR.—Si *usted* tiene razón y *yo* no; la vida no vale la pena de ser vivida.

RELLING.—¡Oh, la vida podría ser bastante buena si pudiéramos librarnos de esos amables acreedores que vienen a turbar nuestra tranquilidad con sus exigencias ideales!

GREGOR.—(*Para sí.*) Entonces estoy satisfecho de que mi destino sea el que es.

RELLING.—Con permiso. ¿Cuál es su destino?

GREGOR.—(*A punto de irse.*) Ser el número trece a la mesa.

RELLING.—¡Que le crea a usted el demonio!

FIN

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta edición reproduce la traducción de José Ramón Pérez Bances publicada en *Dramas de Enrique Ibsen*, tomo IV (Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando, 1926; Biblioteca Clásica, tomo CCLV), a partir del ejemplar digitalizado que conserva Internet Archive.

Se ha actualizado la ortografía según las normas vigentes de la Real Academia Española y se han corregido las erratas evidentes del impreso. El texto del traductor se mantiene sin otros cambios.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB